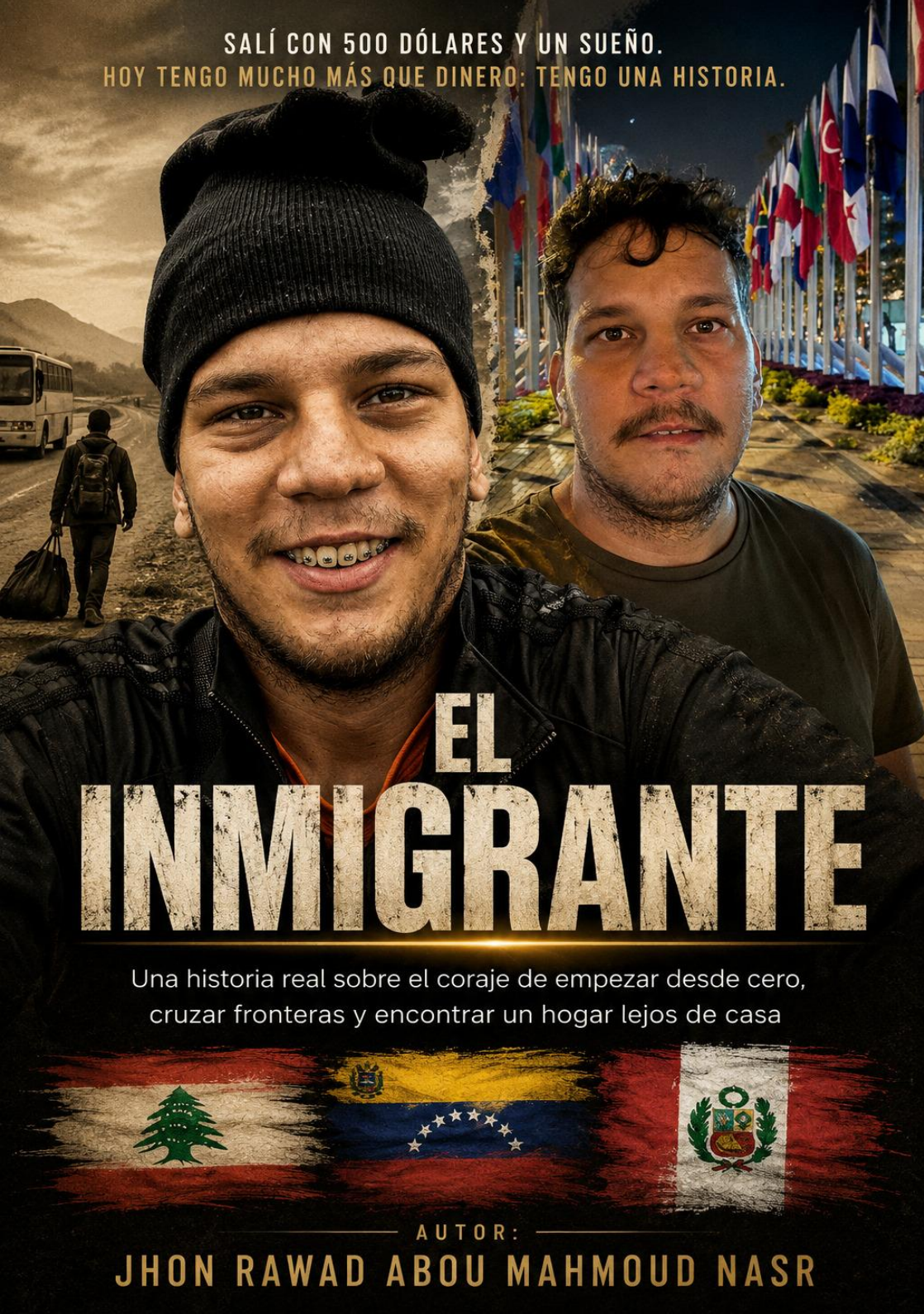


SALÍ CON 500 DÓLARES Y UN SUEÑO.  
HOY TENGO MUCHO MÁS QUE DINERO: TENGO UNA HISTORIA.



# EL INMIGRANTE

Una historia real sobre el coraje de empezar desde cero,  
cruzar fronteras y encontrar un hogar lejos de casa



AUTOR:

JHON RAWAD ABOU MAHMOUD NASR

# EL INMIGRANTE

Una historia real sobre el coraje de empezar desde cero,  
cruzar fronteras y encontrar un hogar lejos de casa



**Jhon Rawad Abou Mahmoud Nasr**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

El Inmigrante

Autor-Editor:

© Jhon Rawad Abou Mahmoud Nasr

Calle 11 La Florida, Lima, Rimac

[rawedabm@gmail.com](mailto:rawedabm@gmail.com)

Lima – Perú

Primera edición, junio 2026

ISBN: 9798181485761

Quisiera dedicar este libro A todos los que  
tuvieron el valor de empezar  
desde cero, dejar atrás lo conocido y  
seguir adelante pese a las dificultades.

Que nunca pierdan la fe en sus sueños.

Quisiera agradecer a Gustavo Perez, Yenifer Martinez,  
Elizabeth Rodriguez, William Kuez,  
Javier Gamboa, Luis Freitez, Jose Ramos,  
Hermanos Espárragos, Rony Misarayme, Joel, Cesar,  
Yohanna Calderon, Camilo Escobar,  
Roberto Bravo, Felix Martinez,

---

***“Salí con 500 dólares y un sueño.  
Hoy tengo mucho más que dinero:  
tengo una historia.”***

— \* —

### **Sobre este libro**

El Inmigrante es la autobiografía de un hombre que nació en el Líbano, creció en Venezuela y encontró su hogar en Perú. Es la historia de quien cruzó tres fronteras con quinientos dólares, durmió en cartones en Villa El Salvador, vendió tizana bajo el sol de Trujillo y aprendió que el coraje no se mide en kilómetros recorridos, sino en la capacidad de levantarse cada vez que todo se derrumba.

*Una historia de migración, pérdida, música y esperanza. Una historia que podría ser la tuya.*

### **En estas páginas encontrarás:**

- \* La infancia drusa en el Líbano y el Mercedes del abuelo
- \* Los años de DJ entre Mérida y las noches venezolanas
- \* El puente Simón Bolívar cruzado de madrugada
- \* Una colchoneta de cincuenta soles que aquella noche lo fue todo
- \* El duelo de no poder despedirse de quien más amaba
- \* Y la decisión de quedarse donde el corazón encontró paz

---

**JHON RAWAD ABOU MAHMOUD NASR**

*Líbano · Venezuela · Perú*

# ÍNDICE

|                                                                                  |    |
|----------------------------------------------------------------------------------|----|
| Prólogo.....                                                                     | 7  |
| Introducción.....                                                                | 11 |
| Capítulo I — Las raíces más profundas nacen lejos de casa.....                   | 14 |
| Capítulo II — La infancia que todavía recuerdo con una sonrisa .....             | 18 |
| Capítulo III — Entre mis raíces y el mundo: ser druso en el siglo XXI .....      | 22 |
| Capítulo IV — Venezuela: el país que aprendí a querer sin querer .....           | 27 |
| Capítulo V — La música que me acompañó en el camino .....                        | 30 |
| Capítulo VI — Los años en que me creía inmortal: el uniforme y la frontera ..... | 35 |
| Capítulo VII — El ingeniero que vendía huevos: sobrevivir en la crisis .....     | 41 |
| Capítulo VIII — El día que perdí el control: el conflicto que cambió todo .....  | 44 |
| Capítulo IX — La maleta, los shawarmas y el último abrazo .....                  | 49 |

|                                                                                          |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Capítulo X — El puente de Simón Bolívar: cruzar hacia lo desconocido .....               | 53  |
| Capítulo XI — Trujillo: tizana, panes de cebolla y una señora extraordinaria .....       | 57  |
| Capítulo XII — Lima: el desierto, los cartones y una colchoneta de cincuenta soles ..... | 65  |
| Capítulo XIII — Los días en que el mundo se detuvo: la pandemia .....                    | 71  |
| Capítulo XIV — La llamada que lo cambió todo: el duelo .....                             | 75  |
| Capítulo XV — El lugar donde estaba mi corazón: España y el regreso .....                | 88  |
| Capítulo XVI — Herramientas prácticas al inmigrar: lo que realmente necesitas .....      | 94  |
| Capítulo XVII — Construir comunidad: tu red de apoyo es tu fortaleza .....               | 99  |
| Capítulo XVIII — La comunicación efectiva: el idioma y la empatía .....                  | 104 |
| Capítulo XIX — Gestión emocional en la migración: duelo, nostalgia y adaptación.....     | 110 |
| Capítulo XX — Finanzas del inmigrante: cómo crecer económicamente desde cero .....       | 116 |
| Epílogo — El inmigrante que se quedó .....                                               | 122 |

## PRÓLOGO

**Todos somos inmigrantes de algo**



Hay personas que nacen en un solo lugar y mueren en él. Sus raíces crecen profundas en una única tierra, y eso tiene una belleza particular que quienes somos errantes tardamos años en comprender.

Yo no soy una de esas personas.

Nací en el Líbano, crecí en Venezuela, sobreviví en Perú y me perdí brevemente en España. Cada una de esas palabras —nací, crecí, sobreviví, me perdí— contiene años enteros de historias, decisiones, errores, amistades y pérdidas que intentaré contarte en estas páginas.

Este libro no es la historia de un héroe. No soy el personaje extraordinario de una película de Hollywood que venció todos los obstáculos con una sonrisa perfecta y un discurso emotivo al final. Soy un hombre común que tomó decisiones difíciles, que lloró en aeropuertos, que comió lo que había cuando no había nada —y a veces simplemente no había nada— que durmió sobre cartones en Villa El Salvador y que trabajó en empleos que no merecía, tanto para arriba como para abajo de esa afirmación.

Lo que me hace diferente —si es que algo me hace diferente— es que nunca dejé de moverme.

Cuando escribo el término "inmigrante", no lo hago con melancolía ni con orgullo forzado. Lo escribo con la misma naturalidad con la que

algunos dicen "soy médico" o "soy maestro". Ser inmigrante no es solo un trámite migratorio ni una etiqueta en un documento oficial. Es una forma de ver el mundo. Es saber que la identidad no está atada a una coordenada geográfica. Es entender que el hogar no es el lugar donde naciste, sino el lugar donde decidiste quedarte.

Y yo decidí quedarme en Perú.

Pero antes de llegar a esa decisión, hubo una madre que preparó shawarmas para un viaje que nunca imaginó que sería el último que compartiríamos desde cerca. Hubo un puente internacional cruzado de madrugada con una mochila y el corazón apretado. Hubo noches vendiendo tizana en Trujillo con los talones destrozados. Hubo una señora desconocida que me llevó a una farmacia y pagó mis medicamentos sin pedirme nada a cambio. Hubo una habitación sin muebles, unos cartones en el suelo, y una colchoneta de cincuenta soles que aquella noche me pareció lo más confortable del mundo. Hubo un mar en Lima que escuchó el llanto que yo nunca pude contener. Y hubo, sobre todo, una llamada de teléfono en octubre de 2021 que partió mi vida en dos mitades: antes y después.

Si estás leyendo estas páginas, es porque algo en el título o en la portada te dijo que esta historia también tiene algo que ver contigo.

Y tienes razón.

Todos somos inmigrantes de algo. De una ciudad que ya no existe. De una relación que terminó. De una versión de nosotros mismos que dejamos atrás para convertirnos en quien somos hoy.

Bienvenido a mi historia.

## INTRODUCCIÓN

**Sobre este libro y la historia que lo habita**



Este es un libro de memorias basado en hechos reales. Es la autobiografía de un hombre que nació en el Líbano, creció entre múltiples culturas y pasó gran parte de su vida adulta construyendo un camino en América del Sur, lejos de todo lo que conocía.

Lo que leerás en estas páginas no ha sido inventado ni dramatizado más allá de lo que la propia vida merece. Cada experiencia, cada conversación recordada, cada emoción descrita es auténtica.

La historia abarca más de dos décadas: desde la infancia en el Líbano —los paseos en el Mercedes del abuelo, la cultura drusa, los juegos de Monopoly— hasta los días más recientes en Lima, pasando por Venezuela, el cruce de tres países con quinientos dólares, Trujillo, los primeros empleos en Lima, una pandemia, el dolor de perder a la madre y una aventura en España que duró apenas una semana.

A lo largo de estas páginas encontrarás temas universales: la búsqueda de identidad, el peso de la familia, el conflicto, la música, el coraje de empezar de cero, la amistad como refugio y el amor de una madre. También encontrarás humor. Porque la vida, incluso la más dura, siempre tiene un momento en que alguien te dice que cuides a los delfines cuando estás llorando junto al mar.

Este libro está escrito para quienes alguna vez dejaron todo atrás. Para quienes saben lo que es extrañar un olor, un sabor o una voz

desde el otro lado del mundo. Y también para quienes nunca han emigrado, pero que en algún momento de su vida necesitaron empezar desde cero.

*Porque en el fondo, todos llevamos un poco de inmigrante adentro.*

## CAPÍTULO I

# Las raíces más profundas nacen lejos de casa



## *Líbano, finales de los años 80*

Mi historia comienza mucho antes de mi nacimiento.

Mis padres eran originarios del Líbano y Siria, un país hermoso pero castigado durante décadas por guerras, conflictos y una inestabilidad que parecía no tener fin. En medio de aquella realidad convulsa, mi madre conoció a mi padre en Siria. Ella era una mujer extraordinaria en todos los sentidos de la palabra: inteligente, valiente, culta y con una capacidad para los idiomas que pocos seres humanos poseen. Hablaba con fluidez inglés, francés, árabe antiguo, árabe moderno y español. Además, dominaba varios dialectos de la región.

Con el tiempo tomaron la decisión de emigrar juntos a Venezuela en busca de una vida mejor. Allí contrajeron matrimonio. No fue una boda cristiana ni musulmana en el sentido tradicional. Ambos pertenecían a una comunidad étnica y religiosa conocida como los drusos: una cultura milenaria con costumbres propias, una filosofía de vida profunda y una historia de supervivencia que se extiende por siglos en Oriente Medio.

Años después, mi madre regresó al Líbano. Y fue allí, en la tierra que la vio crecer a ella, donde yo nací.

Según me contaba con esa sonrisa que le iluminaba el rostro, mi llegada al mundo fue todo un acontecimiento familiar. Decía que vecinos, parientes y amigos hacían fila para conocerme. Que nadie quería compartir al nuevo integrante de la familia.

*Quizás todas las madres exageran un poco cuando hablan de sus hijos. Pero a mí siempre me gustó creerle. Después de todo, para ella yo era su pequeño príncipe.*

Aunque nací en el Líbano, también obtuve la nacionalidad venezolana a través de mis padres. En el año 2001, mis padres tomaron la decisión de llevarme a Venezuela. Yo era demasiado pequeño para comprender palabras como migración, adaptación o desarraigo. Sin embargo, estaba a punto de experimentar todo eso en carne propia.

Recuerdo perfectamente una de las imágenes que más me impactó de aquel primer viaje. Mientras el avión descendía hacia el aeropuerto de Maiquetía, me asomé a la ventana y vi algo que jamás había visto antes: enormes extensiones de viviendas con techos de lámina cubriendo las montañas cercanas como una colcha irregular y densa. La pobreza era visible desde el aire. Aquella imagen me golpeó en el pecho con una fuerza que no supe nombrar en ese momento.

Era la primera vez que veía una realidad tan distinta a todo lo que conocía. Y aunque en ese instante no podía comprenderlo, allí

comenzaba la primera gran aventura de mi vida: la aventura de convertirse, por primera vez, en inmigrante.

---

◆ Reflexión ◆

*Todos llevamos dentro la imagen de un lugar que sentimos como propio, aunque nunca hayamos vivido permanentemente en él. Para el autor, el Líbano representaba esa raíz invisible que nunca termina de soltarse, sin importar cuántos países se crucen ni cuántos años transcurran. La identidad no siempre nace en el lugar donde crecemos, sino en el lugar que nos habita en silencio.*

---

## CAPÍTULO II

### La infancia que todavía recuerdo con una sonrisa



## *Líbano, años de la infancia*

Cuando recuerdo aquellos primeros años en el Líbano, una sonrisa aparece inevitablemente en mi rostro.

Fui feliz.

Fui feliz jugando Monopoly con mis primos durante horas, discutiendo por quién compraba una calle o quién terminaba en bancarrota primero. Fui feliz visitando familiares cercanos, asistiendo a bodas llenas de música y alegría, participando en fiestas donde siempre había alguien contando historias o compartiendo una comida. Me gustaba sentir que pertenecía a algo más grande que yo: era parte de una familia, de una comunidad, de una cultura y de unas costumbres que me hacían sentir en casa.

Uno de mis recuerdos favoritos era salir a pasear en el Mercedes de mi abuelo. Para mí era toda una aventura. No importaba realmente a dónde fuéramos: lo importante era el viaje, las conversaciones y la emoción de terminar comprando dulces en alguna tienda antes de regresar. Aquellas salidas tenían algo mágico que ningún destino en particular podría haber dado: la sensación de estar completamente seguro y completamente feliz al mismo tiempo.

También pasaba incontables horas jugando fútbol con amigos y familiares. Bastaba un balón y un espacio libre para que el día estuviera resuelto.

Lo que más extraño de aquella época es que ningún día se parecía al anterior. Siempre ocurría algo diferente. Siempre había una visita inesperada, una celebración familiar, una nueva historia que escuchar o algún lugar por descubrir. Cada mañana traía consigo una nueva aventura, por pequeña que fuera. Nunca sentía que la vida era repetitiva. Cada noche me iba a dormir con la sensación de haber vivido algo nuevo y con la emoción de no saber qué me esperaba al día siguiente.

*A veces pienso que la verdadera riqueza de aquellos años no estaba en las cosas materiales ni en los lugares que visitaba. Estaba en la gente. En las risas compartidas. En los abrazos de los familiares. En las reuniones donde todos parecían tener tiempo para los demás.*

Quizás por eso esos recuerdos siguen vivos después de tantos años. Porque no extraño únicamente los lugares. Extraño la felicidad sencilla que encontraba en ellos.

---

### ◆ Reflexión ◆

*La infancia no se mide en juguetes ni en viajes. Se mide en la calidad de los momentos compartidos, en los olores que se graban en la memoria sin pedir permiso, en las risas que años después todavía pueden hacernos sonreír. Aquel niño que jugaba Monopoly en el Líbano y salía a pasear en el Mercedes del abuelo no sabía que estaba construyendo un archivo de recuerdos que lo acompañaría durante toda la vida.*

---

### CAPÍTULO III

## Entre mis raíces y el mundo: ser druso en el siglo XXI



Muchas personas me han preguntado qué significa ser druso.

La respuesta no es sencilla.

Los drusos somos una comunidad muy pequeña en comparación con otras culturas y religiones del mundo. Durante siglos hemos vivido principalmente entre las montañas del Líbano, Siria e Israel, conservando tradiciones, costumbres y una identidad muy particular que ha sobrevivido a guerras, invasiones y cambios políticos que habrían borrado del mapa a comunidades menos resilientes.

Desde niño crecí escuchando historias sobre mis antepasados. Historias de familias que defendieron sus tierras, que vivieron conflictos que marcaron generaciones enteras y que lucharon por preservar su identidad en una región donde la historia rara vez ha sido tranquila.

Ser druso no es algo que simplemente se adopta. Tradicionalmente se nace dentro de la comunidad. Es una cultura cerrada que ha buscado conservar su herencia familiar y sus tradiciones durante cientos de años. Por esa razón, muchas familias consideran importante mantener los vínculos y matrimonios dentro de la propia comunidad para preservar el linaje y las costumbres.

Sin embargo, mi relación con esa herencia siempre ha sido particular.

Yo nací dentro de una familia drusa, pero con el paso de los años entendí que mi vida tomaría un camino diferente. Respeto profundamente mis raíces. Respeto la historia de mis antepasados. Respeto la cultura que me vio nacer. Pero también comprendí que no soy una persona especialmente religiosa. Nunca me entregué por completo a la práctica de las tradiciones drusas. No estudié sus textos como lo hacen quienes dedican su vida a ello, ni seguí el camino espiritual que muchos miembros de la comunidad eligen recorrer.

Por eso, cuando alguien me pregunta si soy druso, suelo responder algo que resume bastante bien cómo me siento:

*Soy descendiente de drusos. Mis raíces están allí. Mi historia comienza allí. Pero mi vida me llevó por otros caminos.*

Quizás la razón sea que desde muy pequeño viví entre distintas culturas. Nací en el Líbano, crecí en Venezuela, emigré a Perú y tuve la oportunidad de conocer personas de diferentes nacionalidades, religiones e ideologías. Con el tiempo dejé de ver el mundo dividido en grupos. Las fronteras comenzaron a importarme menos. Las etiquetas también. Y empecé a sentirme más ciudadano del mundo que perteneciente a un único lugar.

Si tuviera que definirme, diría que soy una persona que intenta quedarse con lo mejor de cada cultura que ha conocido. Me gusta la hospitalidad árabe. La alegría venezolana. La perseverancia peruana. Y la diversidad de ideas que existe cuando uno aprende a escuchar a quienes piensan diferente.

Después de vivir guerras contadas por mis padres, crisis económicas, migraciones y conflictos políticos, llegué a una conclusión muy simple: he visto demasiadas divisiones creadas por la religión, la política o la nacionalidad como para querer seguir alimentándolas. Prefiero construir puentes. Prefiero conocer personas por su corazón antes que por la etiqueta que llevan.

Y aunque hoy me considere una persona del mundo, hay cosas de mi tierra que jamás cambiarán.

Por ejemplo, mi debilidad por los dulces libaneses.

*Porque podrán pasar los años, podré vivir en distintos países y hablar distintos idiomas, pero basta probar un buen baklava o cualquier postre tradicional de mi infancia para que, por unos segundos, vuelva a sentirme aquel niño feliz que corría por las calles del Líbano rodeado de su familia. Y hay recuerdos que ni la distancia ni el tiempo pueden borrar.*

---

### ◆ Reflexión ◆

*La identidad cultural no es una camisa que se pone o se quita: es un tejido que nos acompaña aunque cambiemos de clima, de idioma o de país. Ser descendiente druso y al mismo tiempo ciudadano del mundo no es una contradicción: es el retrato honesto de alguien que aprendió a respetar sus raíces sin dejar que le impidieran crecer. Las culturas más sabias son las que permiten a sus hijos volar sin olvidar de dónde vienen.*

---

## CAPÍTULO IV

# Venezuela: el país que aprendí a querer sin querer



## *Caracas — Los Llanos, Venezuela, 2001–2013*

Cuando llegué a Venezuela, lo primero que me sorprendió no fue el paisaje ni el clima ni siquiera la comida. Fue la gente.

Debo ser honesto: el venezolano, especialmente en aquella época, era una persona de una calidez difícil de describir. Abierto, confianzudo, generoso de una manera que para alguien que venía de una cultura más reservada podía resultar abrumadora. Se acercaban rápido, hacían bromas desde el primer momento, te invitaban a sentarte a su mesa sin que existiera ninguna razón para hacerlo más que el puro placer de la compañía.

*Me hacían sentir parte de la familia sin haber compartido una sola gota de sangre.*

Y aunque nunca logré acostumbrarme completamente —siempre existió una parte de mí anclada a Beirut, a sus calles caóticas, a su gastronomía y a los amigos que había dejado atrás— también debo reconocer que los amigos que encontré en Venezuela fueron algunas de las mejores personas que he conocido en toda mi vida.

Mis compañeros de escuela fueron extraordinarios conmigo. Han pasado más de veinticinco años y todavía mantengo contacto con algunos de ellos. Recuerdo especialmente a Yenifer, una amiga de

primaria que durante los recreos me enseñaba a hablar español con una paciencia que ningún maestro me demostró. Y a Gustavo, con quien compartía partidos interminables y juegos que hacían más cortas las tardes.

Viví muchos años en Venezuela, pero siempre que podía viajaba al Líbano. Cada visita a Beirut era como respirar hondo después de haber estado demasiado tiempo bajo el agua. Sin embargo, no todas esas visitas fueron agradables. Con el tiempo, mi relación con la parte paterna de la familia se deterioró profundamente. Las razones son complejas y dolorosas, y llegarán en su momento.

---

#### ♦ Reflexión ♦

*Hay personas que nos ayudan a sobrevivir en un mundo que no entendemos todavía. No siempre son quienes esperamos. A veces son compañeros de recreo que nos enseñan palabras en un idioma nuevo. A veces son desconocidos que nos pasan la mitad de su cobija en un autobús nocturno. La generosidad no tiene origen geográfico ni vínculo de sangre: tiene, simplemente, forma humana.*

---

## CAPÍTULO V

# La música que me acompañó en el camino



*Venezuela, 2005–2018*

Mi vida como DJ comenzó mucho antes de que yo siquiera imaginara que algún día estaría frente a cientos de personas mezclando música.

Todo empezó en la secundaria.

Por aquellos años, entre 2005 y 2006, descubrí a uno de los artistas que más marcarían mi gusto musical: Tiësto. Recuerdo pasar horas escuchando sus canciones y observando videos de sus presentaciones. Había algo mágico en la forma en que conectaba una canción con otra, especialmente cuando mezclaba utilizando vinilos. Entre todas sus producciones había una que no podía dejar de escuchar: Traffic. La reproducía una y otra vez. Intentaba entender cómo funcionaban las mezclas, cómo lograba crear aquella energía que hacía que miles de personas saltaran al mismo tiempo.

Por aquella época empecé a experimentar con un programa llamado AtomixMP3, uno de los antecesores de lo que más adelante sería Virtual DJ. Con recursos limitados y mucha curiosidad, intentaba recrear las mezclas que escuchaba en los grandes festivales.

*La mayoría de las veces sonaba terrible. Pero no me importaba. Porque cada error me enseñaba algo nuevo.*

Fue después de mi regreso de Siria en 2010 cuando mi historia como DJ empezó a tomar forma de verdad. Para entonces ya utilizaba Virtual DJ y participaba en radios por internet simplemente por pasión. No buscaba fama. No buscaba dinero. Solo disfrutaba hacerlo.

Un día, uno de mis primos escuchó una de mis sesiones. Después de varios minutos me preguntó algo que cambiaría muchas cosas:

*—¿Y por qué no te presentas en mis eventos?*

Aquella pregunta abrió una puerta que ni siquiera sabía que existía. Poco tiempo después tuve mi primera oportunidad de tocar en eventos organizados por Rumbas Venezuela. Lo que comenzó como una invitación ocasional terminó convirtiéndose en una actividad frecuente, llegando a presentarme hasta dos veces al mes.

Más adelante viajé a Mérida. Allí conocí a un DJ llamado Mito, Victor Maldonado (DJ DINGO) entre otros grandes DJ, Mito una persona que tendría una gran influencia en mi desarrollo profesional. Gracias a él descubrí una dimensión completamente distinta de las mezclas. Aprendí más sobre el uso de discos y vinilos, entendí conceptos que antes desconocía y comencé a participar en eventos privados y fiestas de mayor nivel.

Mérida era un lugar especial. Las fiestas se realizaban de lunes a lunes. Siempre había música, siempre había público, siempre había una nueva oportunidad para aprender. Fue en esa ciudad donde me enamoré aún más de la música house y donde comencé a construir amistades dentro de la comunidad de DJs.

Tiempo después descubrí Traktor. Desde el primer momento sentí que era el software perfecto para mí. Durante muchos años se convirtió en mi compañero inseparable.

*Mirando hacia atrás, me doy cuenta de que la música fue mucho más que un pasatiempo. Fue una compañera de viaje. Estuvo presente durante mis mejores momentos y también durante los más difíciles. Me acompañó cuando tenía sueños, cuando tenía miedo, cuando emigré y cuando sentí que el mundo se derrumbaba.*

Por eso, cuando años después crucé la frontera con mi bolso de DJ al hombro y mi querida consola DENON MC-6000 dentro, no estaba cargando simplemente un equipo. Estaba cargando una parte de mi historia.

---

### ◆ Reflexión ◆

*La música tiene la particularidad de ser el idioma que no necesita traducción. Para el autor, las horas invertidas frente a una computadora aprendiendo a mezclar no fueron tiempo perdido: fueron el entrenamiento de una sensibilidad que lo acompañaría el resto de su vida. Lo que empieza como obsesión juvenil a veces termina siendo el hilo invisible que conecta todas las versiones de uno mismo.*

---

## CAPÍTULO VI

### Los años en que me creía inmortal



A los veintiún años me sentía invencible.

Supongo que esa es una de las características de la juventud: creer que nada malo puede ocurrirte. Que las balas siempre pasarán lejos. Que la muerte es un problema reservado para otras personas. Que el tiempo es infinito y el cuerpo, indestructible.

Por aquella época tenía una enorme admiración por la vida militar. La disciplina. El orden. La responsabilidad. El compañerismo. Todo aquello me atraía profundamente, quizás porque eran virtudes que había visto practicadas muy poco en algunos espacios de mi vida personal.

Ingresé a la escuela de oficiales y descubrí un mundo completamente diferente al que conocía. Aprendí a obedecer órdenes, a trabajar bajo presión y a mantener la calma cuando otros la perdían.

Para mi sorpresa, destaqué rápidamente.

No era el más fuerte ni el más grande, pero sí uno de los más disciplinados. Mi teniente, Oropeza, comenzó a confiar en mí y a darme ciertas responsabilidades que normalmente no se entregaban con facilidad. Recuerdo incluso que me autorizó a utilizar unas botas

de graduado que llamaban mucho la atención dentro de la unidad. Parecerá un detalle insignificante, pero para un joven soldado aquello era un símbolo de confianza y respeto. Y en el ejército, el respeto vale más que cualquier uniforme.

Sin embargo, donde realmente destacaba era en el campo de tiro.

Mi relación con las armas comenzó mucho antes de vestir un uniforme. Tenía apenas once años cuando aprendí a disparar por primera vez. Mi primer rifle fue también mi primer maestro de paciencia. Comencé apuntando a pequeños objetivos improvisados. Cada semana intentaba aumentar la distancia un poco más. Sin darme cuenta estaba entrenando algo que me acompañaría durante años: la concentración absoluta.

*Mientras otros veían un blanco, yo veía una trayectoria. Mientras otros apretaban el gatillo, yo intentaba entender la respiración, la postura y el momento exacto del disparo.*

Con el tiempo me convertí en uno de los mejores tiradores de los grupos donde entrenaba. No necesitaba miras sofisticadas. Confiaba en mis ojos. Y sobre todo en la práctica.

Pero la vida militar no fue igual en todos los lugares donde serví.

En Venezuela la experiencia fue relativamente tranquila. La mayor parte del tiempo se dedicaba a tareas de seguridad y vigilancia. Recuerdo que incluso durante la escasez que sufría el país, dentro de algunos recintos era posible encontrar productos que habían desaparecido de los supermercados. Aquello me hizo comprender algo que no olvidaría: la realidad de una nación puede ser muy distinta dependiendo del lugar desde donde se observe.

En el Líbano la historia fue diferente.

Mucho más seria. Mucho más real.

Me destinaron cerca de zonas fronterizas marcadas por décadas de tensión y conflicto. Nunca le conté todos los detalles a mi madre. No quería preocuparla.

Por las noches observaba destellos a la distancia. Trazos de luz cruzando la oscuridad. Disparos. Intercambios de fuego. Se veía casi hermoso desde lejos, como si fueran fuegos artificiales. Pero uno aprende rápidamente que detrás de cada destello existe alguien disparando y alguien intentando sobrevivir.

Yo solía acostarme mirando el cielo. Observando aquellas luces lejanas. Intentando convencerme de que todo estaba bajo control.

*Y tal vez lo estaba. O tal vez simplemente era demasiado joven para comprender el peligro real.*

Con el paso de los años entendí algo importante. No era inmortal. No era invencible. No era especial. Simplemente tuve suerte. La misma suerte que no tuvieron muchas personas que crecieron en regiones marcadas por guerras, conflictos y enfrentamientos que nadie eligió.

Por eso hoy miro hacia atrás con gratitud.

Porque sobreviví. Sobreviví a la frontera. Sobreviví a la migración. Sobreviví a la pérdida de mi madre. Sobreviví a los cambios de país, de trabajo y de vida.

*Y quizás esa sea la verdadera victoria. No haber sido el mejor tirador. No haber sido el más disciplinado. No haber sido el más fuerte. Sino haber llegado hasta aquí con una historia que todavía puedo contar.*

---

### ◆ Reflexión ◆

*La juventud nos regala la ilusión de ser invulnerables. Es un regalo necesario: sin ella, quizás no tendríamos el valor de lanzarnos al mundo. Pero con el tiempo, esa ilusión se transforma en algo más valioso: la conciencia de haber sobrevivido a lo que no debíamos y la gratitud de poder contarlo. Los destellos en la frontera libanesa no eran fuegos artificiales. Eran recordatorios de que la vida es breve, frágil y extraordinariamente valiosa.*

---

## CAPÍTULO VII

# El ingeniero que vendía huevos: sobrevivir en la Venezuela en crisis



*Venezuela, 2013–2017*

Durante mis años en Venezuela trabajé en todo lo que se me presentó. Ayudé en negocios familiares de hotelería, zapatería y restaurantes. Trabajé en una finca. Hice de todo menos aquello para lo que estudiaba.

Me gradué como ingeniero en sistemas. Fue un logro que costó años de esfuerzo. Sin embargo, cuando miré alrededor con el título recién en la mano, comprendí algo que nadie me había advertido: ser ingeniero en sistemas en los llanos venezolanos era como intentar vender nieve en el desierto.

Mi primer contacto real con el mundo laboral fue durante mis pasantías en una institución pública relacionada con la gobernación del estado. Fue un choque. Afortunadamente conocí a Luis, el jefe del área: un líder amable, paciente y genuinamente humano. Los viernes, al terminar la jornada, solía invitarme una cerveza y escucharme hablar de mis planes y mis frustraciones.

*Y pocas cosas fortalecen tanto una amistad laboral como una buena conversación y una cerveza fría después de una semana larga.*

Pero entonces comenzó a cambiar el país. Después de la muerte del presidente Hugo Chávez, Venezuela empezó a transformarse a una

velocidad alarmante. La inflación, la escasez y la incertidumbre se instalaron en la vida cotidiana. Comencé a vender ropa con mi madre, luego cartones de huevos, azúcar con mi mejor amigo Luis Freitez entre otros productos polar, luego trabajos remotos para una empresa en Nueva Jersey. Busqué alternativas. Probé negocios. Intenté adaptarme a una economía que cambiaba las reglas cada semana.

Vi cómo personas que habían construido toda una vida en Venezuela comenzaban a marcharse. El país que durante décadas había recibido a millones de inmigrantes ahora veía partir a sus propios hijos.

*Y mientras todo eso ocurría, yo seguía teniendo una sola certeza: necesitaba irme.*

---

### ♦ Reflexión ♦

*A veces la vida nos obliga a ser ingenieros del caos antes de poder ser ingenieros de algo concreto. Vender huevos, ropa o sueños no es fracasar: es aprender que la dignidad no depende del título que cuelga en la pared, sino de la disposición para hacer lo que sea necesario mientras llega el momento que estamos esperando.*

---

## CAPÍTULO VIII

# El día que perdí el control: el conflicto que cambió todo



## *Venezuela, años de la adolescencia y primera adultez*

Como conté anteriormente, durante muchos años viajaba en vacaciones para visitar a mis tías. Pasaba temporadas trabajando con ellas y, dependiendo de quién fuera, algunas me daban algo de dinero mientras que otras me recompensaban con ropa o zapatillas nuevas.

No todo fue negativo.

Aprendí sobre ventas, atención al cliente y cómo ganarse la confianza de las personas. Sin darme cuenta, estaba adquiriendo habilidades que años después me servirían en distintos trabajos y emprendimientos. Habilidades que ninguna universidad enseña con tanta crudeza como la vida misma.

Sin embargo, detrás de esos recuerdos también existía una realidad mucho más difícil.

Mis tías siempre apoyaban a quien era su hermano: mi padre. Y yo observaba con impotencia cómo justificaban comportamientos que me parecían inaceptables. Mi relación con él fue complicada durante muchos años. Su carácter era impredecible. Un día podía decir una cosa y al siguiente actuar de manera completamente diferente. Aquella inestabilidad generó muchos conflictos dentro de la familia.

Lo que más me dolía era ver el sufrimiento de mi madre.

Muchas veces me encontraba atrapado en problemas que no me correspondían. Intentaban involucrarme en discusiones de adultos, me presionaban para tomar partido y constantemente sentía que debía defender a mi madre frente a situaciones que nunca debieron existir.

Con el tiempo fui acumulando rabia. Mucha rabia. La clase de rabia que un adolescente no sabe expresar correctamente.

Hasta que llegó un día que marcó un antes y un después.

Yo estaba tranquilo, intentando mantenerme al margen de una situación que no me correspondía. Pero comenzaron nuevamente las provocaciones. Intenté ignorarlas. Intenté no responder. Intenté alejarme. Hasta que ocurrió algo que terminó de hacerme perder el control.

En ese momento exploté.

Y reaccioné de una forma de la que no me siento orgulloso.

La situación terminó en una pelea física y las consecuencias fueron graves. Recuerdo la sangre. Recuerdo los gritos. Recuerdo la adrenalina. Y recuerdo también la sensación de vacío que llegó después.

Porque cuando la ira toma el control, uno cree que va a sentirse mejor al desahogarse. Pero la realidad es otra. La violencia no resolvió ninguno de los problemas que existían en mi familia. No cambió el pasado. No reparó las heridas. No hizo desaparecer el dolor de mi madre. Lo único que hizo fue demostrar hasta qué punto había llegado mi frustración después de años acumulando resentimiento.

Aquel día entendí algo importante: cuando una persona vive demasiado tiempo rodeada de injusticias, humillaciones y conflictos, corre el riesgo de convertirse en aquello mismo que detesta.

*Y esa fue una lección que me acompañaría durante el resto de mi vida. Porque desde entonces he intentado resolver mis problemas de otra manera. No siempre lo logro. Pero al menos aprendí que la verdadera fortaleza no está en golpear más fuerte. Está en no permitir que el odio decida quién eres.*

---

### ◆ Reflexión ◆

*Aprendí que compartir sangre no garantiza compartir valores. Hay personas que nacen dentro de tu familia y otras que la vida pone en tu camino para ocupar ese lugar. Con el tiempo entendí que mi paz valía más que cualquier apellido, y que alejarse de quienes te hacen daño no es traición, sino amor propio. Porque algunas heridas te rompen, pero otras te enseñan exactamente qué tipo de persona no quieres llegar a ser.*

---

## CAPÍTULO IX

### La maleta, los shawarmas y el último abrazo



*Venezuela, 28 de febrero de 2018*

El año 2018 fue uno de los más decisivos de toda mi vida.

Para entonces había tomado la decisión de terminar mi relación. No fue por falta de cariño, sino porque yo ya podía ver con claridad lo que se aproximaba para mí y entendía que ella no estaba en el mismo camino. Yo estaba decidido a cambiar todo. Llegué a un punto en el que comprendí que hay personas que simplemente no están destinadas a acompañarte en ciertos caminos.

Tenía tres opciones sobre la mesa: Uruguay, Chile o Perú. Pasaba horas investigando regulaciones migratorias, cuánto podía rendir mi dinero en cada país. Mi presupuesto era tan sencillo como aterrador: apenas quinientos dólares para empezar una vida nueva.

Un amigo y yo pasábamos horas frente a YouTube consumiendo todo el contenido posible sobre emigración. Fue así como encontramos a un creador de contenido que vivía en Trujillo, Perú. Recuerdo un video en particular donde mostraba un desayuno sencillo: pan con pollo y un vaso de quinua.

*—Con menos de un dólar puedes desayunar bien —decía.*

*Y nosotros le creímos.*

La noche anterior a mi partida, mi madre intentaba ayudarme a preparar la maleta. La veía mover prendas deportivas entre mi ropa, y la miré y le dije:

*—Mamá, no voy a hacer ejercicios. Voy a trabajar.*

Ella sonrió. Y siguió guardando ropa, como hacen todas las madres cuando saben que su hijo se va lejos y no quieren que lo note.

Era el 28 de febrero de 2018. Tenía veintiocho años. El corazón en la mano y los ojos llenos de lágrimas que intentaba contener. Al salir de casa me acerqué a mi madre y la abracé. Fue uno de esos abrazos que parecen detener el tiempo por un instante.

*Lo que yo no sabía —lo que ninguno de los dos sabía— era que ese sería el último abrazo que compartiríamos. Si hubiera sabido lo que el destino tenía preparado, la habría abrazado un poco más fuerte. Un poco más largo.*

Al llegar al terminal de buses, sonó mi teléfono. Era ella.

*—Hijo, te olvidaste tu reloj.*

Mi padre fue a llevármelo. Él no sabía que me marchaba del país. Cuando me entregó el reloj, le di las gracias brevemente y seguí. Aquella despedida silenciosa decía más de nuestra relación que cualquier discurso.

A unos cuarenta minutos del pueblo, el autobús se averió. Esperamos más de una hora. Miraba hacia atrás y pensaba en todo lo que estaba dejando. Por un instante me pregunté si debía regresar. Decidí que no.

Al salir llevaba conmigo mucho más que una maleta. Cargaba también mi bolso de DJ, donde iba mi querida DENON MC-6000, una consola guerrera que se había pagado sola con años de eventos y fiestas en Venezuela. No era simplemente un equipo: era parte de mi historia.

---

### ◆ Reflexión ◆

*Hay momentos que solo entendemos hacia atrás. Un abrazo que en su momento parece uno más entre cientos, pero que el tiempo convierte en el más importante de todos. La vida no siempre nos avisa cuándo algo es la última vez. Por eso, cuando tengas a alguien cerca, abrázalo como si lo supieras.*

---

## CAPÍTULO X

# El puente de Simón Bolívar: cruzar hacia lo desconocido



Después de atravesar varias regiones de Venezuela llegué finalmente a la frontera con Cúcuta. Era de madrugada. Una fila interminable de personas esperaba para sellar sus documentos. El sueño, el hambre y la incertidumbre me acompañaban mientras observaba ese mar de historias parecidas a la mía.

No había desayunado. Y entonces recordé algo que me arrancó una sonrisa en medio de tanta nostalgia: mi madre había preparado shawarmas para el camino. Los había envuelto con ese cuidado particular que solo tienen las manos que cocinan por amor. Mientras los sostenía entre mis dedos, sentí que una parte de ella viajaba conmigo.

*Hoy, cuando recuerdo ese momento, todavía puedo imaginar el sabor de aquella comida hecha con cariño. Ese día la amé más que nunca.*

Una vez sellado mi pasaporte, comencé a caminar hacia Colombia por el puente internacional Simón Bolívar. Ese puente es largo. Mucho más de lo que aparenta en los mapas. Cada paso que daba sobre él parecía multiplicar la distancia con todo lo que había dejado atrás. No era solo cruzar una frontera geográfica. Era despedirme de una etapa entera de mi vida.

Al llegar al control migratorio colombiano me entregaron un carnet de extranjero. Fue la primera vez que ese papel me definió con una sola palabra: extranjero. No venezolano, no libanés, no ingeniero, no DJ, no hijo único. Solo extranjero.

En la terminal compré el boleto rumbo a Ecuador y llamé a mi madre. Escuchar su voz me devolvió algo de calma. Hablamos como si nada estuviera pasando. El autobús que tomé era una congeladora sobre ruedas. Si no hubiera sido por un compañero de viaje desconocido que compartió conmigo parte de su cobija, esas tres noches habrían sido insoportables. Tres días me tomó atravesar carreteras y fronteras para llegar al Perú.

Al llegar a Piura todo me pareció hermoso. Quizás era la emoción de haber sobrevivido al viaje. Pero mientras avanzaba por el país también fui descubriendo que cada país tiene sus propias heridas, y que llegar a un lugar nuevo no significa llegar a un paraíso.

---

### ◆ Reflexión ◆

*Cruzar una frontera no es solo cambiar de país. Es cambiar de identidad, aunque sea momentáneamente. En un puente internacional, entre un sello y otro, hay un instante en el que no eres de ningún lugar. Ese instante, breve e incómodo, es uno de los más honestos de la vida del inmigrante: es el momento en que te das cuenta de que lo único que verdaderamente te pertenece eres tú mismo.*

---

## CAPÍTULO XI

### **Trujillo: tizana, panes de cebolla y una señora extraordinaria**



*Trujillo, Perú, 2018*

Siguiendo las recomendaciones de aquel youtuber, caminé varias cuadras por una urbanización llamada Mochica. Había llegado con la esperanza de encontrar una habitación rápidamente, pero la realidad fue distinta. Cada anuncio que encontraba ya había sido ocupado.

Mientras caminaba pensaba que seguramente no era el único que había visto aquellos videos sobre Trujillo. Tal vez decenas de personas habían llegado antes que yo buscando exactamente lo mismo: una oportunidad para empezar de nuevo.

Después de recorrer varias calles sin éxito, encontré a un vigilante.

*—Disculpe, ¿sabe dónde puedo alquilar una habitación? —le pregunté.*

El hombre me observó por unos segundos y me indicó unas cuadras más arriba, cerca de un parque. Para ese momento ya tenía el pie completamente hinchado. Después de tres días viajando en autobús, mi cuerpo comenzaba a pasar factura. Aun así seguí avanzando. Porque cuando emigras, muchas veces no tienes otra opción que seguir caminando.

Finalmente encontré una habitación disponible. El alquiler costaba trescientos soles. Pagué sin pensarlo dos veces. Pero cuando entré, me encontré con una realidad muy distinta a la que imaginaba: no había nada. Ni cama. Ni muebles. Ni siquiera algo básico para descansar. Solo paredes vacías. Y yo, recién llegado a un país desconocido, con poco dinero en el bolsillo y una maleta llena de incertidumbre.

Dejé mis pertenencias en el suelo y salí nuevamente a la calle. El dolor en el pie era cada vez más fuerte. Caminaba cojeando y lo único que quería encontrar era una farmacia.

Fue entonces cuando escuché una voz detrás de mí.

*—Joven, ¿se encuentra bien?*

Me giré y vi a una señora que me observaba con preocupación. Le expliqué que acababa de llegar al país, que llevaba varios días viajando y que el dolor en el pie era tan intenso que apenas podía caminar.

Sin conocerme de nada, aquella mujer hizo algo que jamás olvidaré. Me invitó a subir a su vehículo y me llevó hasta una farmacia. No solo eso: gastó cerca de cien soles en medicamentos para ayudarme y no aceptó que le devolviera el dinero. Como si aquello fuera poco, ella y su esposo me invitaron a comer.

*Yo era un completo desconocido. No compartíamos sangre. No compartíamos historia. No compartíamos nada. Y aun así me trataron con una bondad que pocas veces había experimentado en mi vida.*

Aquella señora ocupará siempre un lugar especial en este libro y en mi memoria. Con el tiempo nos hicimos buenos vecinos. Cuando su esposo viajaba a trabajar a la mina, yo intentaba ayudarla en lo que podía. Era mi forma de agradecer una pequeña parte de todo lo que ella había hecho por mí cuando más lo necesitaba.

Sin embargo, también fui descubriendo otra cara de Trujillo. La señora tenía un negocio de venta de pinturas. Casi todos los días llegaba un joven al local, ella le entregaba dinero y él se marchaba sin decir muchas palabras. Con el tiempo comprendí que aquello era parte de las extorsiones que afectaban a muchos comerciantes de la ciudad. Una realidad dura y silenciosa que convivía con la tranquilidad aparente de las calles.

## *Los hermanos de la vida*

Fue en Trujillo donde conocí a César, a Joel y a los hermanos Espárrago. Habíamos recorrido miles de kilómetros desde distintos puntos de Venezuela, atravesando Colombia y Ecuador, y de alguna manera el azar nos había puesto en el mismo lugar al mismo tiempo.

Entre todos compartíamos información sobre trámites, documentación, regularización migratoria y cualquier dato que pudiera ayudarnos a adaptarnos a nuestra nueva realidad. César vivía en la misma urbanización que yo, lo que nos permitía reunirnos con frecuencia para conversar, intercambiar ideas y planificar nuestras jornadas vendiendo tizana.

La migración tiene algo curioso: te permite conocer historias que jamás hubieras imaginado. Recuerdo haber conocido a un ingeniero químico trabajando como mozo. Algo que me sorprendió muchísimo en aquel entonces. Pero con el tiempo entendí que esa es una de las caras más duras de emigrar: muchas veces no importa cuántos títulos tengas ni cuánta experiencia hayas acumulado. Cuando llegas a un país nuevo, la vida te obliga a empezar desde donde puedas. Y todos nosotros estábamos haciendo exactamente eso.

Terminamos vendiendo tizana en las calles. Caminábamos durante horas bajo un sol que no distinguía entre turistas y desesperados. Cada noche llegaba con los talones destrozados y el cuerpo exhausto.

Había días en los que regresaba tan cansado que apenas podía quitarme los zapatos.

Durante el mes que viví en Trujillo la pasé realmente bien. Conocí gente extraordinaria, aprendí muchas cosas y comencé a entender cómo funcionaba la vida en Perú.

*Aunque debo admitir que mis talones no opinaban lo mismo.*

Hubo una época en la que no podía permitirme tres comidas al día. Recuerdo que con un sol compraba ocho panes de cebolla en una panadería cercana. Ese era mi almuerzo. Sin bebida. Sin acompañamiento. Sin nada más. Solo pan. Durante un largo tiempo sobreviví así porque ni siquiera tenía cocina donde preparar algo diferente.

Y cuando lograba ahorrar algunos soles extra, me daba un pequeño lujo: compraba un ceviche de cinco soles acompañado de su porción de tallarines amarillos. Puede sonar sencillo. Pero para mí era un festín.

*Mientras escribo estas líneas siento una profunda nostalgia al recordar aquellos días. Porque fueron mis inicios en Perú. Los días donde no tenía nada más que una maleta, algunos dólares, muchas dudas y una enorme voluntad de salir adelante. Y no me avergüenza*

*contarlo. Todo lo contrario: me siento orgulloso. Porque cada uno de esos momentos me ayudó a convertirme en la persona que soy hoy.*

Con el paso de los meses, los caminos comenzaron a separarse. Los hermanos Espárrago y César decidieron continuar su aventura en Chile. Hasta el día de hoy mantienen abierta la invitación para que los visite algún día, y sinceramente espero que la vida me regale esa oportunidad. Me alegra saber que les ha ido bien.

*A veces me pregunto qué habría pasado si hubiera tomado la misma decisión y hubiese continuado mi viaje hacia Chile. Quizás mi historia habría sido diferente. Quizás me habría ido mejor. O quizás no. Es imposible saberlo. Pero después de todo lo que viví en los años siguientes, hay momentos en los que incluso yo mismo me sorprendo al pensar en cómo cambiaron las cosas.*

Mi primer empleo fue en un chifa. Yo era tan alto que la mesa donde se picaba el pollo quedaba por debajo de mi cintura. Me dolía la espalda constantemente. Un día el dueño me miró con esa combinación de pena y firmeza que ya empezaba a reconocer.

*—Hasta aquí llegamos.*

Volví a vender tizana.

Hasta que una mujer peruana que apenas me conocía me dio un consejo que cambiaría el rumbo de todo:

*—Vete a Lima. Allá seguro encuentras trabajo de lo que estudiaste.*

No tenía razones para confiar en ella más que el instinto. Pero confié

---

**♦ Reflexión ♦**

*Cuando uno llega a un país nuevo, a veces una sola persona puede hacerte sentir que no estás tan solo como creías. La señora de Trujillo no sabía que estaba escribiendo una de las páginas más importantes de este libro. César, Joel y los hermanos Espárrago tampoco sabían que sus historias vivirían aquí. Pero eso es lo que tienen los compañeros de viaje: sin proponérselo, se convierten en parte de tu historia.*

---

## CAPÍTULO XII

### **Lima: el desierto, los cartones y una colchoneta de cincuenta soles**



*Lima, Perú, 2018*

Cuando el autobús comenzó a acercarse a Lima, pensé que estaba a punto de llegar a la ciudad más moderna y organizada que había visto en mi viaje.

Después de todo, era la capital del país. La ciudad donde se concentraban las oportunidades. La ciudad donde miles de inmigrantes llegaban buscando un futuro mejor.

Pero la realidad me sorprendió. Y mucho.

Mientras avanzábamos por la carretera empecé a observar enormes extensiones de arena y cerros desérticos. Miraba por la ventana intentando entender lo que estaba viendo.

*—Dios mío... ¿a dónde estoy llegando? —pensaba.*

Cada kilómetro parecía mostrar más desierto, más polvo y más construcciones improvisadas. Por un momento sentí que estaba regresando a algunos lugares que había conocido en Oriente Medio. Recuerdo incluso haber pensado:

*—Esto parece Siria.*

La comparación me dejó completamente desconcertado. Mi expectativa era encontrar una ciudad muy distinta. Durante gran parte del trayecto no podía dejar de preguntarme si realmente había tomado la decisión correcta. Y debo admitir que llegué a pensar seriamente en continuar mi viaje hasta Chile.

Sin embargo, una hora después las cosas empezaron a cambiar. La ciudad comenzó a mostrarse poco a poco. Las avenidas se hicieron más amplias. Aparecieron edificios, negocios, movimiento y esa energía característica de las grandes capitales.

Finalmente llegué a Lima.

Desde el terminal tomé un taxi hacia Villa El Salvador. Había investigado previamente y sabía que era una de las zonas donde podía encontrar alojamiento económico. El conductor me cobró treinta soles por el trayecto. Para mí, que contaba cada moneda como si fuera oro, aquello representaba un gasto importante.

Cuando llegué al distrito tuve sentimientos encontrados. Por un lado, los precios eran accesibles. Por otro, el aspecto del lugar me golpeó de frente. Las calles, las viviendas y el entorno reflejaban las dificultades de una zona que había crecido con mucho esfuerzo y sacrificio.

Por fortuna encontré una habitación en alquiler cerca de una comisaría. Y aunque hoy pueda sonar ingenuo, en aquel momento pensé:

*—Bueno, por lo menos estar cerca de la policía debe significar que es un lugar seguro.*

*No tenía muchas opciones. Así que acepté.*

Los primeros días fueron difíciles. Comía poco. Dormía peor. Y el frío limeño me estaba dando una bienvenida que jamás olvidaré. Yo venía de otros climas y no estaba preparado para aquellas noches húmedas que parecían atravesar la ropa y meterse directamente en los huesos.

Dormía en el suelo. Sobre unos cartones. Intentando convencerme de que era algo temporal.

Pero llegó un momento en que ya no pude más.

Una tarde tomé una decisión que para cualquier otra persona habría parecido insignificante, pero para mí fue un enorme paso adelante. Compré una colchoneta para el piso. Dejé los cartones debajo para aislar un poco el frío. También compré una cobija polar. Todo me costó alrededor de cincuenta soles.

*Hoy puede parecer poco dinero. Pero en aquella época representaba una inversión importante para alguien que estaba empezando desde cero.*

Esa noche me acosté en mi improvisada cama. No era una habitación lujosa. No tenía muebles elegantes. No tenía comodidades. Pero por primera vez desde que había llegado a Lima sentí algo parecido a la tranquilidad.

Recuerdo acostarme, cubrirme con aquella cobija nueva y pensar que, aunque las cosas estaban lejos de ser perfectas, al menos tenía un lugar donde dormir.

Y esa noche fui feliz.

*Porque cuando comienzas una nueva vida desde abajo, aprendes que la felicidad no siempre llega en forma de grandes logros. A veces llega en forma de una colchoneta, una cobija y una noche sin frío.*

Cuatro días después de llegar a Lima, conseguí trabajo. No era exactamente en sistemas, pero por primera vez en meses estaba sentado frente a una computadora, diseñando, pensando, creando. Ganaba apenas doscientos soles semanales. Pero para mí significaba dignidad, esperanza y la sensación concreta de que estaba avanzando.

Durante las noches trabajaba como DJ en una discoteca llamada Kajuna, en Villa María del Triunfo. Dormía poco. Trabajaba mucho. Soñaba todavía más.

Finalmente llegó mi primer trabajo como desarrollador de software. Ganaba mil doscientos soles mensuales y debía viajar desde Villa El Salvador hasta el Rímac. Pero nunca llegaba tarde. Fue allí donde conocí a Roberto, a Camilo y a Yohana. Con el tiempo dejaron de ser compañeros para convertirse en lo que yo necesitaba más que cualquier empleo: familia.

---

#### ◆ Reflexión ◆

*Hay victorias que no caben en ningún currículum. Una colchoneta comprada con cincuenta soles después de días durmiendo en cartones es una de ellas. La grandeza del inmigrante no está en los trofeos que exhibe, sino en la capacidad de celebrar cada pequeño avance como si fuera el más importante del mundo. Porque en ese momento, lo es.*

---

## CAPÍTULO XIII

# Los días en que el mundo se detuvo



*Lima, Perú, 2020–2021*

La pandemia del COVID-19 me tocó vivirla en Lima.

Si hay una palabra que puede describir aquellos meses es incertidumbre. Nadie estaba preparado para algo de semejante magnitud. Las calles que normalmente estaban llenas de movimiento quedaron vacías. Los negocios cerraron. Las personas dejaron de verse. El miedo comenzó a formar parte de la rutina diaria.

Recuerdo que los primeros días de confinamiento fueron difíciles de asimilar. Los hospitales comenzaron a llenarse. Las noticias mostraban cifras de contagios y fallecidos todos los días.

Recuerdo algo que todavía me parece surrealista: la obsesión colectiva por comprar papel higiénico. Mientras yo me preparaba comprando granos, conservas y productos de larga duración —como enseñan las crisis que ya había vivido en otros países— veía a muchas personas llenar carritos enteros con papel higiénico.

*Nunca entendí del todo la lógica. Hasta el día de hoy me sigue causando gracia.*

Una de las imágenes que más me impactó fue la de un vecino que llevaba una cuenta escrita en una pared sobre el número de fallecidos

que reportaban las noticias. Día tras día el número aumentaba. Escuchar las sirenas de las ambulancias se volvió algo habitual.

Los hospitales estaban saturados y muchas familias buscaban desesperadamente oxígeno, medicamentos o una cama disponible para sus seres queridos. La pandemia sacó lo mejor de algunas personas y lo peor de otras. Mientras unos ayudaban a sus vecinos sin pedir nada a cambio, otros intentaban aprovecharse de la tragedia.

Con el paso del tiempo llegaron las vacunas. Recuerdo que después de una de las dosis experimenté cambios temporales en el gusto y el olfato, además de algunos problemas de salud que me preocuparon en aquel momento. Afortunadamente pude atenderme gracias a mi seguro médico y con el tiempo mi salud mejoró.

Pero mientras todo eso ocurría, mi mente estaba en otro lugar.

Mi madre.

A pesar de la distancia seguíamos comunicándonos. Sus mensajes continuaban siendo una fuente de fuerza para mí. La pandemia nos había separado aún más: yo estaba en Perú y ella en el Líbano. Tenía planes de traerla conmigo algún día. Quería devolverle una parte de todo lo que había hecho por mí.

*Sin embargo, como aprendería poco tiempo después, hay cosas en la vida que escapan completamente de nuestro control. Y ninguna preparación es suficiente cuando el destino decide cambiar nuestra historia para siempre.*

---

**◆ Reflexión ◆**

*Las pandemias, como las guerras y los duelos, tienen la capacidad de revelar quiénes somos realmente cuando la máscara de la normalidad desaparece. Para el autor, aquellos meses de confinamiento fueron también un tiempo de reflexión sobre la distancia, el tiempo y las personas que amamos. Y a veces, la tranquilidad de una llamada telefónica puede ser el ancla que nos mantiene a flote cuando el mundo se tambalea.*

---

## CAPÍTULO XIV

# La llamada que lo cambió todo: el duelo de no poder despedirse



*Lima, Perú — Beirut, Líbano, octubre de 2021*

Nada me preparó para aquella llamada.

Era octubre de 2021. Yo estaba en Lima. Ella estaba en Beirut.

Mi madre había fallecido.

*Todavía me cuesta escribir esa frase con la misma naturalidad con que se escriben otras. Como si las palabras no terminaran de creerlo, aunque el corazón lo sepa desde hace años.*

Mi madre era mi refugio. Mi guía. Mi hogar. La persona que fue madre y padre al mismo tiempo, que me escuchaba cuando el resto del mundo no quería hacerlo, que preparaba shawarmas para despedidas que parecían temporales, que me enviaba el reloj que me había olvidado para que no llegara sin él a un país desconocido. Era la mujer que hablaba cinco idiomas y que los usaba todos para decirme, de maneras distintas, que me amaba.

Tenía planes de traerla a vivir conmigo algún día. Pero la vida tenía otros planes.

Recuerdo la impotencia de no poder viajar. La desesperación de querer ayudarla y no tener cómo hacerlo. Quince días después de la última conversación que aún hoy me duele recordar, mi madre partió.

Ese día algo dentro de mí se quebró de una manera que no tiene reparación completa. Solo aprendizaje. Solo aceptación.

Fui a la Costa Verde y lloré frente al mar. Lloré como nunca antes había llorado en mi vida. Lanzaba piedras al agua intentando sacar con cada una de ellas toda la rabia, toda la tristeza y toda la impotencia acumuladas adentro. Entonces sonó mi teléfono. Era Roberto.

Me escuchó durante varios minutos. No interrumpió. No intentó decir las palabras correctas. Solo escuchó. Y cuando finalmente habló, dijo algo tan absurdo, tan fuera de lugar, tan completamente inapropiado para el momento que solo él podría haber dicho:

*—Oye, cuidado y le das a un delfín con una de esas piedras.*

Me reí. En medio del peor dolor que había sentido en toda mi vida, me reí. Y esa pequeña risa, ridícula e inexplicable, fue probablemente el primer paso para volver a levantarme.

## *Días de duelo*

Los primeros tres días después de la muerte de mi madre lloré como nunca antes. No tenía apetito, no quería salir de la cama y el mundo parecía haberse quedado sin color.

En medio de ese dolor hice algo impulsivo: intenté hackear el Facebook de mi madre para eliminarlo. Sentía una necesidad desesperada de borrar cualquier rastro suyo, como si eso pudiera aliviar el vacío que llevaba dentro. Pero Claudia, una amiga, me detuvo.

*—Respetar su privacidad. Tú no eres así. Recuérdala en vida y déjala ir tranquila.*

Sus palabras me golpearon fuerte. Entendí que estaba actuando desde el dolor y no desde el amor. Terminé guardando sus audios y mensajes en un correo electrónico, como si necesitara asegurarme de que una parte de ella no desapareciera del todo.

Pasaron seis meses antes de que pudiera decir la palabra "mamá" sin romperme a llorar. Lloraba como un niño. Sentía que algo dentro de mi corazón se había destruido para siempre.

Tres días después de la muerte de mi madre renuncié al trabajo donde llevaba años sintiéndome estancado y decidí empezar de nuevo en Rimac Seguros, contratado por Zoluxiones.

En Rimac encontré algo diferente: personas que apostaron por mí, me enseñaron y me ayudaron a crecer profesionalmente. Aprendí más sobre desarrollo frontend, trabajo corporativo y desarrollo personal que en muchos años anteriores.

Primero trabajé cerca de tres años con Zoluxiones y luego otros tres con Indra, siempre para el mismo cliente: Rimac Seguros. Fue una de las etapas más importantes de mi carrera. Allí conocí personas que se ganaron mi cariño y amistad: Rony, Pedro, Angheli, Jesús, Miguel y Javier Celis.

Más allá del trabajo, compartimos experiencias fuera de la oficina, fortalecimos nuestra amistad y celebramos juntos muchos logros. Ganamos varios reconocimientos por nuestra puntualidad y desempeño como equipo, pero lo más valioso fueron los recuerdos que construimos.

Recuerdo especialmente cuando Rony me invitó a Ayacucho. Viajé junto a mi novia y descubrí una ciudad maravillosa. Probé uno de los mejores chicharrones que he comido en mi vida, recorrí sus calles y disfruté de su cultura. La experiencia me gustó tanto que regresé una segunda vez solo para volver a probar ese chicharrón y sus famosos panes horneados a leña.

Durante esos años también cumplí uno de esos sueños que parecen pequeños para algunas personas, pero que para mí significaban muchísimo: compré mi primer carro, un Hyundai Grand i10.

*La felicidad que sentí aquel día fue indescriptible.*

No sentí que estaba comprando un vehículo. Sentí que estaba comprando libertad.

Después de todo lo que había vivido como inmigrante, después de caminar kilómetros vendiendo tizana, de viajar en buses durante horas y de depender siempre del transporte público, tener un carro propio era una sensación difícil de explicar.

Gracias a él pude llevar a mis amigos a la playa, salir con mi novia, hacer viajes improvisados y conocer rincones del Perú que jamás habría visitado de otra manera. Más que un automóvil, se convirtió en un compañero de aventuras.

Una de las experiencias que más recuerdo fue nuestro viaje a Huaraz.

La idea era sencilla: comer una buena sopa, conocer el Parque Nacional Huascarán y llegar hasta la famosa Laguna 69. Lo que no imaginábamos era todo lo que nos esperaba en el camino.

Las carreteras de subida parecían interminables. Trochas, curvas, huecos y precipicios acompañaban gran parte del recorrido. Sin embargo, mi pequeño Hyundai parecía una camioneta todoterreno.

Durante horas subió sin rendirse mientras nosotros avanzábamos cada vez más cerca de las montañas.

Al llegar a la entrada del parque me llevé una sorpresa desagradable: no había señal telefónica ni medios electrónicos para pagar.

—¿Y ahora cómo hago? —pensé.

Por suerte siempre cargaba algo de efectivo para emergencias, incluso algunos dólares. El tipo de cambio que me aplicaron me dolió bastante, pero tenía que pagar la entrada y seguir adelante.

Esa experiencia volvió a recordarme algo que aprendí durante mis años de inmigrante: siempre hay que estar preparado.

Yo acostumbraba llevar provisiones para cualquier viaje. Agua, algunos alimentos y cosas básicas para una emergencia. Mi novia era todo lo contrario. Confiaba en que encontraríamos todo en el camino, mientras yo prefería prevenir cualquier imprevisto.

Después de varias horas de caminata empezamos el ascenso hacia la Laguna 69.

El paisaje era impresionante.

Montañas gigantescas.

Nieve.

Glaciares.

Un silencio que parecía sacado de otro mundo.

Pero la altura comenzó a cobrarnos factura.

En una subida mi acompañante me dijo:

—Siento que me sangra la nariz y tengo mucha presión en la cabeza.

Yo, sin darle demasiada importancia, le respondí:

—Ya estamos cerca, sigamos un poco más.

Minutos después fui yo quien comenzó a sentirse mal.

Me faltaba el aire.

Me pesaban las piernas.

Sentía la cabeza extraña.

Cuando le comenté lo que me ocurría, ella me respondió exactamente lo mismo que yo le había dicho minutos antes.

Nos reímos a pesar del malestar.

Pero la realidad es que el oxígeno cada vez era más escaso.

Lo más curioso era ver a turistas europeos, especialmente alemanes, bajar de la montaña como si estuvieran dando un paseo por el parque de su casa. Mientras nosotros luchábamos por respirar, ellos parecían completamente relajados.

Recuerdo que más de una vez tuve que detenerme, recuperar fuerzas y volver a avanzar. Pero cada vez que veía personas acercándose sacaba pecho y fingía que todo estaba perfectamente bien.

El orgullo también hace ejercicio en la montaña.

Finalmente llegamos.

Y valió completamente la pena.

La Laguna 69 es uno de los lugares más hermosos que he visto en mi vida. El color de sus aguas, las montañas alrededor y el silencio del lugar hacían que todo el esfuerzo desapareciera de golpe. Mientras contemplábamos el paisaje y descansábamos antes de iniciar el descenso, ocurrió algo que hasta el día de hoy recuerdo con una sonrisa.

De regreso al carro nos encontramos con un venado.

Por unos segundos nos quedamos observándonos mutuamente. Él me miraba y yo lo miraba a él. Fue uno de esos momentos extraños que parecen durar una eternidad, como si existiera una conexión silenciosa entre ambos, como si quisiéramos decirnos algo sin necesidad de palabras.

De pronto dio un salto elegante y desapareció entre los arbustos, perdiéndose nuevamente en la inmensidad de la naturaleza.

Fue uno de los momentos más hermosos de aquel viaje.

Amo la naturaleza y siento una profunda admiración por los animales. Me encanta observarlos en su hábitat natural, libres, sin jaulas ni cadenas. Ver un venado recorrer las montañas, un cóndor surcar los cielos o cualquier especie viviendo donde pertenece es algo que me llena de alegría.

Quizás por eso nunca he estado de acuerdo con la caza deportiva ni con el daño innecesario hacia animales tan nobles e indefensos. Siempre he creído que la naturaleza nos ofrece suficiente belleza para admirarla sin necesidad de destruirla.

Aquel venado probablemente olvidó mi existencia apenas desapareció entre los arbustos, pero yo jamás olvidaré aquel encuentro.

Regresamos al carro al caer la tarde, agotados, con hambre, muertos de frío y felices.

Encendimos la calefacción como si fuera el mayor lujo del mundo.

Esa noche llegamos al hotel y descubrimos que el agua de la ducha era tan fría que podía resucitar a cualquier muerto. Aun así dormimos profundamente después de aquella aventura.

Al día siguiente emprendimos el regreso a Lima.

Y fue entonces cuando apareció otro problema.

Durante una larga bajada utilicé demasiado los frenos.

De pronto mi novia me dijo:

—Oye, está saliendo humo.

Miré por el espejo y vi una nube que salía del carro.

Mi primera reacción fue pensar:

—Perfecto, ahora solo falta que esto se incendie en medio de la nada.

Nos encontrábamos en una zona sin comunicación, sin señal y sin un extintor a la mano.

Por suerte un conductor que pasaba por la carretera se detuvo para ayudarnos.

Me explicó que los frenos estaban sobrecalentados y que debíamos esperar a que se enfriaran.

Seguí su consejo. Bajé a una quebrada cercana, llené unos envases con agua y comencé a enfriar cuidadosamente los frenos. Cada vez que encontrábamos un lugar seguro repetíamos el proceso hasta que el vehículo volvió a funcionar con normalidad.

Cuando finalmente llegamos a la Panamericana respiré tranquilo.

Habíamos tenido suerte.

En esas carreteras abundan las cruces que recuerdan a quienes no lograron regresar a casa.

Aquella vez nosotros sí regresamos.

Y mientras conducía de vuelta a Lima pensé en algo muy simple: después de todo lo que había vivido, cada kilómetro recorrido era un regalo.

*Gracias a Dios, una vez más, habíamos llegado sanos y salvos.*

Durante esos años también tuve la oportunidad de conocer muchas ciudades y provincias del Perú. Finalmente, en enero de 2026, después de solicitar mis vacaciones desde mayo de 2025 y verlas postergadas una y otra vez por distintas iniciativas, pude viajar a la Ciudad Blanca: Arequipa.

Allí visité el Cañón del Colca y quedé maravillado por su historia, sus paisajes y por la majestuosidad del cóndor andino. Verlo volar libre en su hábitat natural fue una experiencia difícil de describir. Semanas después de mi visita, un huaico afectó parte de la región, una noticia que recibí con tristeza. Afortunadamente, la ciudad logró salir adelante.

Arequipa, quedé enamorado de ti.

Volveré pronto.

Sin embargo, con la llegada de una nueva gerencia comenzaron los recortes y muchos de los colaboradores externos fuimos saliendo poco a poco.

Y una vez más tuve que enfrentar una verdad que ya conocía demasiado bien: nada es permanente. Ni los trabajos. Ni la estabilidad. Ni siquiera las personas que amamos.

---

◆ **Reflexión** ◆

*El duelo no tiene un protocolo. No avisa cuándo llega ni cuándo se va. Solo exige que lo atravesemos. Y la única forma de atravesarlo es permitirnos sentirlo completamente: la rabia, la tristeza, la impotencia, pero también —cuando aparece— la risa inesperada de un amigo junto al mar. Porque la vida no para de moverse, y honrar a quienes perdemos también significa seguir viviendo.*

---

## CAPÍTULO XV

# El lugar donde estaba mi corazón: España y el regreso



## *España — Lima, Perú*

Cuando llegué a España creí que estaba comenzando una nueva etapa de mi vida. Había vendido mi carro, utilizado mis ahorros y tomado una de las decisiones más difíciles que había enfrentado en años.

Pero apenas pasaron unos días para darme cuenta de que algo no estaba bien. La tristeza había viajado conmigo. Y la depresión también.

Me hospedé en Talavera de la Reina, una ciudad tranquila donde los días transcurrían entre cielos grises, lluvias ocasionales y algunas jornadas soleadas que parecían invitarme a salir a conocer el lugar. Pero no tenía ganas. Mientras otras personas sueñan con recorrer España, yo apenas encontraba fuerzas para salir de la habitación. Pasaba largas horas encerrado. Mirando por la ventana. Pensando. Recordando. Extrañando.

La comida ya no me sabía igual. Y poco a poco empecé a notar que no estaba viviendo en España: simplemente estaba sobreviviendo dentro de ella.

Lo que más me sorprendió fue descubrir qué era lo que realmente extrañaba. No era Venezuela. No era Líbano. Era Perú. Extrañaba sus calles. Su gente. La calidez con la que las personas te saludan. Las

conversaciones con mis amigos. Los lugares donde había construido mi vida durante tantos años. Extrañaba incluso aquellas cosas que antes me molestaban.

*Por primera vez comprendí que Perú había dejado de ser simplemente el país al que había emigrado. Se había convertido en mi hogar. Y uno no siempre entiende dónde está su hogar hasta que se aleja de él.*

Recuerdo una tarde en particular. Estaba sentado solo en aquella habitación. Mirando las paredes. Y de repente entendí algo muy sencillo: no necesitaba quedarme para demostrarle nada a nadie. No tenía que obligarme a ser feliz en un lugar donde mi corazón no quería estar.

Tomé mi teléfono. Busqué vuelos. Y compré un boleto de regreso. Una semana después de haber llegado a España, ya estaba preparando nuevamente mis maletas.

*Algunas personas podrían llamar aquello un fracaso. Yo no. Porque aquel viaje me enseñó algo que ningún libro había logrado enseñarme: me enseñó dónde pertenecía.*

Y mientras el avión despegaba para regresar, por primera vez en varios días sentí tranquilidad, alivio y, sobre todo, felicidad. Porque estaba regresando a casa.

*Gracias por las cervezas y las aceitunas, Oscar.*

### ***Una llamada inesperada***

Después de regresar de España sentí que la vida volvía a acomodarse poco a poco.

El 21 de mayo fui contratado por Inetum para trabajar con un cliente importante: Pacífico Seguros. El 25 de mayo inicié oficialmente mis labores. Los primeros días fueron excelentes. Había una mesa de ping pong donde muchos aprovechamos los momentos libres para jugar algunas partidas. Durante una etapa de mi vida había practicado bastante con una persona que jugaba a nivel profesional, por lo que tenía cierta experiencia. Empecé a destacar rápidamente entre mis compañeros.

Todo parecía marchar bien. Hasta la mañana del 11 de junio.

Ese día algo se sintió diferente. Noté actitudes extrañas. Una sensación difícil de describir. No habían pasado ni las diez y media de

la mañana cuando recibí una llamada de Inetum pidiéndome que recogiera mis cosas y me acercara a una reunión presencial.

Cuando llegué, la persona que me había citado no estaba. Desde las once de la mañana hasta casi las cuatro de la tarde permanecí esperando sin tener una explicación clara. La incertidumbre terminó siendo más agotadora que la espera misma.

Finalmente llegó la noticia: se habían producido cambios dentro de la organización del cliente y ya no continuarían contando conmigo para ese proyecto. Habían mostrado mucha urgencia para incorporarme. Y apenas unas semanas después, todo había cambiado.

*Aquella experiencia me recordó una lección que ya había aprendido años atrás: nunca conviene construir toda tu tranquilidad sobre una sola oportunidad laboral. Porque los proyectos terminan, las organizaciones cambian, las prioridades se transforman. Y al final, lo único que realmente permanece es la capacidad que uno desarrolla para volver a empezar.*

No sería la primera vez que tendría que hacerlo. Y tampoco sería la última.

---

### ◆ Reflexión ◆

*Regresar no siempre es rendirse. A veces es el acto más valiente que podemos hacer: reconocer dónde está nuestra paz y elegirla sin importar lo que otros piensen. España le enseñó al autor algo que el mapa no podía mostrar: que el hogar no es una dirección postal, sino la sensación de estar exactamente donde debes estar.*

---

## CAPÍTULO XVI

# Herramientas prácticas al inmigrar: lo que realmente necesitas



Cuando decidí emigrar, cometí el error de pensar que necesitaba muchas cosas.

Pasé semanas investigando qué llevar, qué documentos preparar, qué aplicaciones descargar. Compré mochilas especiales. Descargué mapas offline. Guardé números de teléfono en tres lugares diferentes.

La realidad es mucho más sencilla.

Lo que realmente necesitas cuando emigras cabe en tres categorías: documentación, dinero y conexión. Todo lo demás es secundario.

**DOCUMENTACIÓN:** Tu salvoconducto

El pasaporte es tu herramienta más importante. Por encima del dinero. Por encima de cualquier otra cosa. Asegúrate de que esté vigente meses antes de irte —no esperes al último momento. He visto gente que tuvo que retrasar sus planes semanas porque sus pasaportes vencían en treinta días.

Además del pasaporte, necesitas:

Un registro de vacunas actualizado. En el mundo post-pandemia, muchos países solicitan comprobantes de vacunación. Lleva una copia física y guarda una digital en la nube.

Certificados de estudios y títulos profesionales. Si tienes una carrera, trae documentos oficiales. Aunque no los necesites inmediatamente, tenerlos te abre puertas que no sabías que existían. Yo no tramité la homologación de mi título en Perú, pero existen programas que podrían haberme ayudado si la hubiera hecho.

Récords médicos básicos. Si padeces alguna condición de salud, lleva un resumen en inglés o en el idioma del país de destino. Medicinas críticas: si necesitas medicación específica, investiga si está disponible en tu destino o si necesitas llevar un suministro.

Comprobante de domicilio anterior. Aunque no lo creas, muchos empleadores y arrendadores te piden referencias de direcciones

pasadas. Una carta de tu antiguo casero o un recibo de servicios puede ser tu salvavidas.

**DINERO:** No es todo, pero es importante

Cuando llegué a Perú con quinientos dólares creí que era suficiente. Y lo fue, pero apenas. Hoy diría que el mínimo realista para un país latinoamericano es entre mil y dos mil dólares, dependiendo de dónde vayas.

Pero no lleves todo en efectivo.

Distribuye tu dinero en tres formas:

Efectivo en la moneda del país de destino (entre 100 y 200 dólares equivalentes). Lo necesitarás en los primeros días cuando no tengas acceso a cajeros automáticos.

Una tarjeta de débito internacional. Abre una cuenta en tu banco de origen que tenga acceso a ATMs en tu país de destino. Casi todos los bancos grandes lo ofrecen.

Una tarjeta de crédito internacional (aunque sea con límite bajo). No es para gastar: es para emergencias. Si pierdes tu tarjeta de débito, necesitas un respaldo.

Aprende a transferir dinero entre países. Western Union, Wise (anteriormente TransferWise) y PayPal son herramientas que usé constantemente. Los costos varían, pero vale la pena investigar cuál te conviene según a dónde envíes dinero.

**CONEXIÓN:** Tu puente invisible

Esto es lo que subestimé más.

Antes de llegar, conecta con personas en tu país de destino. A través de redes sociales, grupos de emigrantes, foros en línea. No necesitan ser amigos cercanos: busca gente que esté dispuesta a responder una pregunta, a darte una recomendación de barrio, a decirte dónde encontrar comida de tu país.

Descarga estas aplicaciones:

WhatsApp o Telegram — para comunicarte sin depender del plan de datos.

Google Maps — descarga mapas offline de las ciudades donde vivirás.

XE Currency — para conversiones de dinero rápidas sin conectarte a internet.

UN.me o Skype — para llamadas internacionales económicas si lo necesitas.

Memoriza números de teléfono importantes. Tu embajada, consulado, hospitales cercanos. No confíes solo en que los guardes en el teléfono: qué pasa si tu teléfono muere en el momento que más lo necesitas.

## DOCUMENTACIÓN DIGITAL

Aquí está el secreto que desearía haber sabido:

Crea una carpeta en Google Drive o Dropbox donde guardes:

- Escaneo de tu pasaporte (primeras páginas + sellos)
- Certificados de estudio
- Certificados médicos
- Comprobantes de dinero (si depositas dinero en el banco, guarda confirmaciones)
- Contactos de emergencia

Si pierdes todo, al menos tienes esto.

## OTRAS HERRAMIENTAS SUBESTIMADAS

Un cuaderno pequeño. Aunque parezca antiguo, el papel no se pierde como las notas del teléfono. Apunta direcciones, números de teléfono, nombres de personas útiles. Yo descubrí que muchos de mis

contactos valiosos terminaron en notas del teléfono que borré accidentalmente años después.

Una libreta de direcciones impresa. Sé que suena de otra era, pero tiene su valor.

Ropa apropiada al clima. No lleves demasiada, pero asegúrate de llevar lo correcto. Yo no esperaba el frío limeño de las noches en Villa El Salvador.

Un adaptador universal de corriente. Los enchufes varían entre países.

Un diccionario pequeño (o aplicación como Google Translate sin conexión). Aunque hables el idioma, habrá momentos donde necesites la definición exacta de una palabra.

---

### ◆ Reflexión ◆

*Las herramientas no hacen el inmigrante. Las personas hacen el inmigrante. Pero las herramientas correctas te ahorran meses de dolor innecesario. No es lujo: es inversión en tu propia supervivencia. Lo que gastes en preparación ahora te ahorrará dinero y tiempo después. Y en la migración, el tiempo es dinero.*

---

## CAPÍTULO XVII

# Construir comunidad: tu red de apoyo es tu fortaleza



En Trujillo vendía tizana con César. En Lima trabajé con Roberto y Camilo. Sin ellos, mi historia habría sido mucho más difícil.

La comunidad no es un lujo: es una necesidad.

Cuando emigras, dejas atrás a todos los que conoces. Tu familia, tus amigos, los vecinos que te saludaban cada mañana. De repente, eres invisible para el mundo. Y ese aislamiento puede destruirte más rápido que la pobreza.

Por eso necesitas aprender a construir comunidad.

## LA COMUNIDAD EXISTE EN CAPAS

Primero están los venezolanos, los libaneses, los de tu país. Es natural buscarlos. Comparten tu código, tu idioma, tu nostalgia. Pero no hagas una comunidad completa solo de ellos.

Luego están los compañeros de trabajo. Las personas con las que pasas ocho horas diarias tienen un poder increíble. Pueden convertirse en mentores, amigos, o simplemente personas que saben dónde conseguir comida barata.

Después están los vecinos. La señora de Trujillo que me llevó a la farmacia no era de mi país. Hablaba español con acento diferente. Pero se convirtió en una de las personas más importantes de esa etapa.

Y finalmente están los extraños que comparten tu situación. Otros inmigrantes. Personas que llegaron hace cinco años, diez años, hace un mes. Su experiencia es invaluable.

## CÓMO CONSTRUIR COMUNIDAD CUANDO ERES NUEVO

Sé el primero en sonreír. Parece simple, pero muchos inmigrantes llegan con una máscara de dureza. Hemos sufrido, somos fuertes, no necesitamos a nadie. Esa máscara ahuyenta a la gente. Sonríe. Di buenos días. Haz preguntas sobre el lugar, no sobre ti.

Ofrece algo antes de pedir. No tienes dinero? Tienes tiempo. Tienes una habilidad. Tienes un acento interesante. Tienes una historia. Ofrece eso. Cuando comencé a trabajar en Lima, compartía mi conocimiento de DJ con mis compañeros. No ganaba dinero extra, pero ganaba conexión.

Asiste a espacios donde la gente se reúne. Iglesias, cafeterías, parques, mercados. Los espacios comunitarios revelan a las personas que valoran la conexión. Esa gente es menos probable que te ignore si eres un extranjero.

Come con gente. Siempre. Si alguien te invita a comer, di que sí. Los alimentos crean vínculos que el dinero no puede comprar.

Sé útil sin esperar retorno inmediato. Si alguien necesita ayuda y puedes darla, hazlo. No guardes un registro mental de favores. La economía de la comunidad no funciona así. Los favores que haces hoy te salvaguardan mañana.

## LA COMUNIDAD VIRTUAL

Cuando llegué a Perú, Internet era mi compañero. Grupos de Facebook de venezolanos, foros de emigrantes, comunidades de desarrolladores.

Usa estos espacios para:

Buscar información sobre vivienda, empleos, servicios.

Conectar con personas que comparten tu profesión.

Encontrar otros inmigrantes en tu situación.

Pedir recomendaciones sin miedo a ser juzgado.

Pero recuerda: la comunidad virtual no reemplaza la real. Es un complemento. Un espacio donde investigar antes de enfrentarte al mundo real.

## CREAR ESPACIOS PROPIOS

Cuando llegues, considera crear un pequeño grupo. Yo no lo hice, pero desearía haberlo hecho.

Un grupo semanal de inmigrantes que se reúnen en un parque.

Una comida mensual donde cada persona trae un plato de su país.

Un grupo de estudio de idiomas.

Un círculo de búsqueda de trabajo donde se comparten oportunidades.

Estos espacios pequeños se convierten en redes enormes. Y redes enormes se convierten en seguridad.

## RECONOCE QUIÉNES SON TUS PERSONAS

No todas las personas en tu comunidad son igual de valiosas para ti. Algunas son puentes. Otras son anclas.

Las personas puente te conectan con oportunidades. Roberto fue un puente: me presentó a gente, me ayudó a entender cómo funcionaba Lima, me mostró dónde ir.

Las personas ancla te mantienen estable. Yohana fue un ancla: cuando caía, me recordaba que valía la pena levantarme.

Ambas son necesarias. Pero necesitas saber cuál es cuál. Dedicar más energía a las personas puente cuando buscas crecer. Dedicar más tiempo a las personas ancla cuando necesitas sanarte.

## LA COMUNIDAD COMO MEDICINA

La señora de Trujillo no sabía que era mi medicina. Cuando me llevó a la farmacia, cuando me invitó a comer, cuando se interesó en mi historia, estaba curando algo que ningún dinero habría podido curar: la sensación de estar completamente solo.

No subestimes el poder de la comunidad. En crisis, la comunidad te mantiene vivo. En victoria, la comunidad te mantiene humilde.

---

◆ **Reflexión** ◆

*El inmigrante que prospera no es el más inteligente ni el más fuerte. Es el que construye una red. Es quien entiende que la supervivencia es colectiva. Porque al final, cuando cierras los ojos al final del día, lo que recordarás no serán los dólares que ganaste. Serán los rostros de las personas que te ayudaron a sobrevivir cuando todo parecía imposible.*

---

## CAPÍTULO XVIII

# La comunicación efectiva: el idioma y la empatía



Yenifer me enseñó español en los recreos cuando llegué a Venezuela. Fue mi primera lección sobre comunicación: no es solo hablar, es ser escuchado.

Cuando emigras, la comunicación es tu arma más poderosa. Más poderosa que la educación. Más poderosa que la riqueza. Es lo que te permite decir "necesito ayuda" de una forma que otros entienden. Es lo que te permite expresar gratitud. Es lo que te permite construir relaciones.

Pero comunicarse en un nuevo país no es solo aprender vocabulario.

## EL IDIOMA ES MÁS QUE PALABRAS

Cuando llegué a Perú, hablaba español. Pero no hablaba español peruano. No entendía el tonaje. No entendía los chistes. No entendía cuándo la gente era seria o bromeaba.

Pasé semanas creyendo que un vendedor me odiaba porque su tono era tan diferente al que escuchaba en Venezuela.

Lo primero que debes hacer: escucha más de lo que hablas.

Escucha cómo la gente saluda. En Venezuela es "¿Qué hay, compa?" En Perú es "Buenos días". En España es un beso en la mejilla. Estos detalles revelan la cultura. Y adaptarse a la cultura es adaptarse al idioma.

Escucha el ritmo del habla. Cada país tiene uno diferente. El ritmo limeño es más lento que el caraqueño. El ritmo español es más rápido. Tu oído necesita acostumbrarse antes de que tu boca hable con soltura.

Aprende a detectar el significado detrás de las palabras. Cuando una persona dice "quizás mañana" en ciertos contextos, realmente significa "no". Cuando alguien dice "está bien" después de que cometiste un error, necesitas saber si realmente está bien o si está molesto.

## COMUNÍCATE CON HONESTIDAD Y VULNERABILIDAD

Lo que me funcionó en Perú fue algo inesperado: admitir que no entendía.

"Disculpa, ¿qué quisiste decir con eso?"

"No estoy seguro si entendí bien."

"Podrías repetirlo, por favor?"

Estos párrafos mágicos abren puertas. Las personas aman explicar cosas. Aman sentirse útiles. Y cuando admites que no entiendes, les das ese regalo.

Pero hay un límite. No uses "no entiendo" como excusa para todo. Úsalo estratégicamente. Úsalo cuando realmente no entiendas. Úsalo cuando necesites conexión. Pero en la mayoría de interacciones, intenta entender primero.

## ADAPTA TU COMUNICACIÓN AL CONTEXTO

Con tu jefe, el lenguaje es diferente que con tus compañeros. Con la policía, es diferente que con tu vecino.

En una entrevista de trabajo, sé profesional. Usa verbos fuertes. Habla de resultados, no de esfuerzo.

Con compañeros de trabajo, puedes ser más casual. Permite que vean tu personalidad. Es donde construyes relaciones que se convierten en mentorías.

Con autoridades (policía, inmigración, administración), sé respetuoso pero firme. Habla claro. No tartamudees. Demuestra que entiendes lo que dicen y que tomas en serio lo que hacen.

Con extraños en la calle, sé amable pero breve. Los extraños no son tus amigos. No debes ser grosero, pero sí mantener límites.

## ESCUCHA MÁS QUE HABLES

Este es el secreto que no esperas en un capítulo sobre comunicación.

Cuando llegas a un país nuevo, quieres contarle al mundo tu historia. Quieres que entiendan quién eres. Quieres que sepan todo lo que sufriste para llegar.

Resiste ese impulso al menos los primeros meses.

En lugar de eso, escucha. Pregunta sobre el país. Pregunta sobre la familia. Pregunta qué hace especial a la ciudad. Las personas que hablan sobre sí mismas son recordadas como egoístas. Las personas que hacen preguntas sinceras son recordadas como interesantes.

Y aquí está el secreto verdadero: mientras escuchas, aprendes. Aprendes cómo piensan. Aprendes qué los motiva. Aprendes dónde están las oportunidades. Aprendes cómo navegar el sistema.

Cuando finalmente cuentas tu historia, ya la gente quiere escucharla. Ya tienes credibilidad. Ya no eres el extranjero que llegó llorando. Eres la persona que se interesó en ellos.

## COMUNÍCATE SIN PALABRAS

No todo se comunica con palabras. Años después de emigrar, una persona en Lima me preguntó cómo había logrado tanta aceptación tan rápido.

"¿Qué hiciste diferente?" preguntó.

La verdad: sonreí. Llegué a tiempo. Hice el trabajo que me pedían. Ayudé sin esperar que me pidieran ayuda. Mostré que valoraba a las personas a través de mis acciones, no solo con mis palabras.

Esto es especialmente importante cuando hay una barrera de idioma. Tus acciones hablan más fuerte que tus palabras. Si hablas poco pero actúas consistentemente, la gente confía en ti. Si hablas mucho pero tus acciones son inconsistentes, nadie te cree.

## DEFIÉNDETE COMUNICATIVAMENTE

No todo en la comunicación es amabilidad. Hay momentos donde necesitas poner límites.

Si alguien te trata mal, dilo.

Si una empresa te debe dinero, recláma.

Si un empleador te explota, reporta.

La comunicación asertiva no es agresión. Es claridad. Es decir: "Esto no es aceptable" de una forma que la otra persona entiende que hablas en serio.

Para mí, esto fue difícil. Vengo de una cultura donde respetas la autoridad sin cuestionarla. Pero aprendí que en otros lugares, la gente respeta a quienes defienden sus derechos.

## PRACTICA CONSTANTEMENTE

Cada conversación es una práctica. Con el vendedor de frutas. Con el vendedor de helados. Con el vigilante de tu edificio. Estos son tus espacios de entrenamiento.

No pierdas la oportunidad de hablar. Los acentos extranjeros son aliados, no enemigos. Las personas aman ayudar a alguien que está aprendiendo. Usa eso. Comete errores. Ríete de ti mismo. Continúa.

---

### ◆ Reflexión ◆

*La comunicación no es solo transmitir información. Es crear entendimiento. Es decirle al mundo quién eres de una forma que otros puedan recibir. Y en un país nuevo, con un idioma nuevo, con una cultura nueva, la comunicación efectiva es lo que te convierte de extranjero en alguien que pertenece. Porque cuando las personas realmente te entienden, ya no te ven como un extraño. Te ven como un igual que simplemente viaja de un lugar a otro.*

---

## CAPÍTULO XIX

# Gestión emocional en la migración: duelo, nostalgia y adaptación



La pandemia me golpeó emocionalmente. Pero la muerte de mi madre me rompió.

Cuando emigras, no solo dejas atrás un lugar. Dejas atrás personas. Dejas atrás versiones de ti mismo. Dejas atrás una vida entera. Y ese duelo es real. Es profundo. Y nadie te lo advierte.

Nadie te dice que un mañana normal en tu nuevo país puede disparar un recuerdo que te hará llorar en medio de la calle.

La gestión emocional en la migración es el capítulo que desearía haber leído antes de partir.

## EL DUELO DEL INMIGRANTE

Existe un duelo específico que solo conocen los que se van. Es diferente al duelo por una muerte. Es más complejo. Es duelo por un lugar. Duelo por una relación. Duelo por una versión de ti mismo que ya no volverá.

Cuando llegué a Lima, por las noches lloraba por Portuguesa. No por la ciudad en sí. Lloraba porque en Portuguesa era de cierta manera. Tenía amigos. Tenía rutinas. Tenía un lugar donde pertenecía.

En Lima era nadie. Y ese nadie dolía.

Pero aquí está la verdad que tardé años en comprender: ese duelo no desaparece. Se transforma. Se vuelve nostalgia. Y la nostalgia, eventualmente, se convierte en gratitud.

La gratitud es cuando miras hacia atrás y reconoces: "Lo que pasé allá fue importante. Y lo que estoy viviendo aquí es importante también."

## IDENTIFICA TUS DISPARADORES

Algunos días la nostalgia aparece sin razón. Otros días, algo específico la dispara.

Para mí, era la comida. El olor a arepa me llevaba de regreso a Portuguesa en cuestión de segundos. La voz de mi madre en un audio que guardé hacía que todo se derrumbara.

Identifica qué te dispara. ¿Es una canción? ¿Una hora del día? ¿Un lugar específico? ¿La lluvia?

Una vez que identifiques tus disparadores, tienes opciones:

Evitarlos temporalmente. Si escuchar canciones de tu país te hace llorar durante horas, no las escuches los primeros meses.

Enfrentarlos con apoyo. Una vez que estés más estable, puedes escuchar esas canciones con alguien cerca. Con una amiga. Con un terapeuta.

Transformarlos. La música que me hacía llorar eventualmente se convirtió en medicina. Escuchar a Tiësto ya no me hacía llorar de tristeza. Me hacía llorar de gratitud.

## LA SOLEDAD NO ES LONELINESS

Hay una diferencia importante. Soledad es estar físicamente solo. Loneliness es sentirse emocionalmente desconectado.

Puedes estar rodeado de gente y sentir profunda loneliness. Eso es lo que viví mis primeras semanas en Lima. Estaba con gente, pero no me sentía cerca de nadie.

Y puedes estar solo y no sentir loneliness. Eso lo aprendí después. Cuando aprendí a estar conmigo mismo.

Para combatir la loneliness:

Conecta consistentemente con otras personas. No esperes que la conexión venga a ti. Ve a buscarla. Asiste a eventos. Llama a alguien. Comparte un café.

Haz cosas que te hagan sentir parte de algo. Voluntariado. Un grupo de estudio. Una clase de baile. Algo donde sientas que contribuyes a algo mayor que ti.

Desarrolla una relación contigo mismo. Esto suena abstracto, pero es práctico. Aprende a disfrutar tu propia compañía. Lee. Escribe. Camina. Medita. Haz cosas solo que genuinamente disfrutes. Esto reduce la dependencia emocional de otros.

## LA DEPRESIÓN ES REAL

Cuando llegué a España, estuve deprimido. No era nostalgia. Era depresión clínica. Aunque no lo reconocí en ese momento.

Los síntomas: falta de energía. Falta de apetito. Dificultad para levantarse de la cama. Pesimismo constante.

Muchos inmigrantes experimentan depresión. Es una reacción normal al estrés anormal. Cambios de país. Pérdida de red de apoyo. Incertidumbre financiera. Son factores de riesgo reales.

Si identificas estos síntomas, aquí está lo que debes hacer:

Reconócelos. No es debilidad. Es química. Es estrés. Es normal.

Busca ayuda profesional. Un terapeuta. Un psicólogo. En muchos países, hay servicios gratuitos para inmigrantes.

Cuéntale a alguien. No guardes el dolor para ti. Comparte con al menos una persona. Puede ser un amigo, un familiar a distancia, un profesional.

Se paciente contigo. La depresión no desaparece en una semana. Pero con tiempo y apoyo, se mejora.

## LA NOSTALGIA COMO HERRAMIENTA

Aquí está la paradoja que descubrí:

La nostalgia puede destruirte. O puede motivarte.

Muchos inmigrantes se quedan atrapados en la nostalgia. Reviven constantemente lo que perdieron. Eso los paraliza. Los impide construir en el nuevo lugar.

Otros usan la nostalgia como combustible. Recuerdan lo que tuvieron. Sienten el duelo. Pero luego se preguntan: "¿Qué construyo ahora?"

La diferencia está en cómo eliges relacionarte con esa nostalgia.

La nostalgia es como una persona que viene a visitarte. Puedes invitarla a quedarse para siempre (depresión). O puedes recibirla, escuchar lo que tiene que decir, y luego dejarla ir (curación).

## CELEBRA LOS PEQUEÑOS PUNTOS DE INFLEXIÓN

Cuando viví en cartones, comprar una colchoneta fue un momento de inflexión. Me permitió celebrar. Me permitió decir: "Estoy mejorando."

En la migración, estos momentos son cruciales para la salud emocional.

Tu primer pago. Tu primer amigo. Tu primer día sin pensar en tu casa. Tu primer éxito en el trabajo. Tu primer viaje a un lugar nuevo en tu nuevo país.

Celebra estos momentos. No importa cuán pequeños sean. Son señales de que te estás adaptando. De que estás creciendo. De que tienes esperanza.

## LA ADAPTACIÓN NO ES ASIMILACIÓN

Aquí está algo importante que nadie te dice:

Adaptarte a un nuevo país no significa dejar de ser quien eras. No significa olvidar tu acento. No significa que dejes de amar tu comida. No significa que dejes de hablar con tus padres.

Adaptarte significa ser lo suficientemente flexible para funcionar. Pero lo suficientemente anclado para no olvidar.

Yo soy más limeño ahora que cuando llegué. Pero todavía soy druso. Todavía soy venezolano. Todavía soy libanés. Soy todos esos lugares a la vez. Y eso no es confuso. Es riqueza.

---

◆ **Reflexión** ◆

*El viaje emocional de la migración no es de "triste" a "feliz". Es más complejo. Es duelo, adaptación, nostalgia, esperanza, crecimiento, todo a la vez. Y los que comprenden esto —que pueden sentir múltiples emociones simultáneamente sin que eso signifique que están fallando— son los que realmente prosperen. Porque la migración no es un problema a resolver. Es una identidad a vivir.*

---

## CAPÍTULO XX

# Finanzas del inmigrante: como crecer económicamente desde cero



Llegué con quinientos dólares. Hoy tengo estabilidad financiera. No soy rico, pero no duermo preocupado por dinero.

El viaje financiero del inmigrante es diferente al de cualquier otra persona. Comienzas sin red de seguridad. Sin herencias. Sin préstamos de familiares (en la mayoría de casos). Comienzas con lo que cabe en una mochila.

Pero eso, paradójicamente, es una ventaja.

Porque aprendes rápido qué es verdaderamente necesario. Y aprendes a hacerlo.

## EL PRIMER DINERO ES SUPERVIVENCIA

Tu primer objetivo no es invertir. No es ahorrar. Es sobrevivir el primer mes.

Cuando llegas:

- Necesitas pagar alojamiento.
- Necesitas comer.
- Necesitas transporte.
- Posiblemente necesites ropa apropiada para el clima.

Todo eso sale del dinero que trajiste. Por eso dije que trescientos a quinientos dólares es el mínimo crítico.

Lo que no debes hacer: gastar dinero en cosas que se sienten como "oportunidades" en el primer mes. Alguien te ofrece una inversión. Una oportunidad de negocio. No hagas caso. Tu único negocio ahora es tu supervivencia.

Tu primer mes debería costar menos de lo que pensaste posible. Yo gasté 300 dólares en mi primer mes de alojamiento, comida y transporte en Trujillo.

## ENCUENTRA TRABAJO RÁPIDO (AUNQUE SEA TEMPORAL)

Lo que me salvó fue que encontré trabajo dentro de días. Fue temporal. Fue mal pagado. Pero fue dinero entrando.

La regla es: no esperes el trabajo perfecto. Encuentra cualquier trabajo. Particularmente:

Trabajos que no requieren verificación de antecedentes (cosas que requieren dinero y tiempo).

Trabajos donde el dinero se paga diario o semanal, no mensual. Porque necesitas dinero ahora.

Trabajos donde aprenderás algo. Vender tizana no era mi carrera, pero aprendí sobre ventas. Sobre clientes. Sobre cómo habla la gente de dinero.

## ESTABLECE UNA RELACIÓN CON EL DINERO

Muchos inmigrantes tienen una relación tóxica con el dinero. O lo adoran demasiado. O lo desprecian.

La realidad: el dinero es una herramienta. Ni más ni menos.

Cuando tenía 200 soles (equivalente a 55 dólares), ese dinero significaba comer 8 panes y algunos alimentos básicos. Cuando tenía 1200 soles mensuales, ese dinero significaba dignidad. Significaba no dormir en el piso.

A medida que ganas más, el dinero significa cosas diferentes. Significa oportunidades. Significa que otros dependan menos de ti. Significa poder compartir con los que lo necesitan.

La gente que crece financieramente en la migración es la que entiende esto. No ven el dinero como escasez. Ven cada dólar como una semilla. Y siembran.

## EMPIEZA A AHORRAR TAN PRONTO COMO PUEDAS

No cuando "tengas suficiente". Ahora.

Incluso si es 10 dólares al mes. Abre una cuenta de ahorro separada. Transferencia automática. La mayoría de bancos te permiten automatizar ahorros.

¿Por qué? Porque establece un hábito. El hábito de ahorrar es más valioso que la cantidad que ahorras.

Cuando comencé a ahorrar (aunque fuera poco), algo cambió psicológicamente. Ya no sentía que vivía al día. Sentía que estaba construyendo.

## EVITA LA DEUDA A TODA COSTA

Durante mis primeros años, recibí ofertas de crédito. "Compra ahora, paga después." Tarjetas de crédito con límites altos.

Rechacé todas. Y fue la decisión correcta.

La deuda para un inmigrante es especialmente peligrosa. Porque no tienes red de seguridad. Si pierdes el trabajo y tienes deuda, estás en serio problema.

La única deuda que consideraría es si es para educación o una herramienta que genere dinero (una computadora si eres programador, por ejemplo). Pero incluso entonces, solo si puedes pagarla en menos de 12 meses.

## APRENDE SOBRE IMPUESTOS Y FORMALIDADES

En muchos países, hay impuestos que los inmigrantes ignoran. Errores que te cuesta dinero después.

Investiga:

- ¿Necesitas registrarte ante autoridades fiscales?
- ¿Cuánto tienes que pagar en impuestos?

— ¿Hay beneficios para nuevos residentes?

— ¿Cuál es la forma legal de trabajar?

Un contador o asesor fiscal no es un lujo. Es una herramienta. En muchos países, las primeras consultas son gratis.

## DIVERSIFICA TUS INGRESOS

Mi error fue depender de un solo trabajo. Cuando fue cortado, entré en pánico.

Lo que aprendí: pon tus ingresos en múltiples canastas.

Mi trabajo principal. Mis trabajos como DJ. Mi experiencia como desarrollador freelance. Si uno desaparece, tengo otros.

Para ti, podría ser:

— Tu empleo formal (salario base).

— Freelancing en tu campo (Fiverr, Upwork, Guru).

— Dinero pasivo (alquilando un cuarto, vendiendo fotografías, tutorías).

No necesitas hacer todo a la vez. Pero con el tiempo, construye múltiples fuentes.

## INVIERTE EN TI MISMO

Una vez que tengas estabilidad base, invierte en educación. Cursos. Certificaciones. Habilidades.

Cada dólar invertido en ti es un dólar que regresa multiplicado.

Yo aprendí desarrollo web mientras trabajaba vendiendo tizana. Eso costó dinero. Pero ese dinero se convirtió en empleos mejor pagados. Se convirtió en oportunidades.

## PIENSA A LARGO PLAZO

Los primeros años, piensa en meses. "¿Puedo vivir otro mes?"

Después de 1-2 años, piensa en años. "¿Dónde quiero estar en 5 años?"

Esto cambia tus decisiones. Aceptarás trabajos que pagan menos pero que te enseñan más. Rechazarás dinero rápido que compromete tu futuro.

## SÉ GENEROSO CUANDO PUEDAS

Una vez que tienes estabilidad, compartir. No mucho. Pero algo.

Ayuda a otro inmigrante. Envía dinero a tu familia si puedes. Invierte en tu comunidad.

No solo porque es moral. También porque es inteligente. El dinero que recircula en tu comunidad eventual regresa a ti. Y más importante: cambias la narrativa del dinero en tu vida. De escasez a abundancia.

---

### ◆ Reflexión ◆

*La riqueza financiera en la migración no se mide en dólares. Se mide en opciones. El dinero es la herramienta que te convierte de alguien que obedece órdenes a alguien que elige su vida. Por eso, desde el primer día, cada decisión financiera es una decisión sobre quién quieres ser. El dinero no es sucio. Es poder. Y cuando lo entiendes así, aprendes a manejarlo como el regalo que es.*

---

## EPÍLOGO

### El inmigrante que se quedó



A veces pienso en aquel joven que observaba Venezuela desde la ventana de un avión. El que no sabía pronunciar bien el español. El que un día cruzó el puente Simón Bolívar con una mochila, quinientos dólares y una promesa que solo le había hecho a sí mismo.

No sé si se reconocería en quien soy hoy.

Nací en Líbano. Crecí en Venezuela. Me formé en Perú. Me perdí brevemente en España. Y regresé a Lima porque Lima se convirtió en el lugar donde mi corazón encontró algo que no había encontrado en ningún otro rincón del mundo: paz.

Perú me adoptó. Y yo, con el tiempo, aprendí a adoptarlo también.

Hay cosas que esta historia me enseñó y que ningún libro podría haberme explicado de la misma manera: que la familia no siempre es la que comparte tu sangre, sino la que permanece a tu lado cuando la vida se pone difícil. Qué hay despedidas que en el momento parecen temporales pero que el tiempo convierte en eternas. Que la dignidad no depende de tener un trabajo perfecto ni una vida perfecta, sino de la disposición para levantarse cada vez que algo se rompe.

Y que el hogar, al final, no es un lugar en el mapa. Es una decisión.

Mi madre ya no está. Pero su presencia me acompaña todos los días. En el sabor de los shawarmas que a veces preparo para no olvidar. En el reloj que llegué a usar en muchos países. En el idioma que me enseñó sin libros ni escuelas. En esa voz que todavía escucho cuando la vida se pone complicada.

Esto no es el final de la historia.

Es solo el primer libro.

*Para ti, mamá. Por enseñarme que el amor más grande no necesita fronteras para llegar.*

*Continuará...*

# DEJÉ TODO PARA ENCONTRARLO TODO.

Nací en el Líbano.  
Crecí en Venezuela.  
Y un día, con apenas 500 dólares  
en el bolsillo, tomé la decisión más  
difícil de mi vida: **empezar de cero  
en un país desconocido.**

Sin contactos. Sin papeles. Sin garantías.  
Solo con mi fe, mi disciplina y una  
voluntad más fuerte que cualquier  
obstáculo.

Vendí tizana en las calles, dormí sobre  
cartones, trabajé como diseñador,  
DJ, mozo y desarrollador de software.  
Aprendí a sobrevivir, a reinventarme  
y a convertir cada caída en un impulso  
para seguir.

Perdí a mi madre durante la pandemia.  
Pensé en abandonar todo.  
Pero elegí seguir.  
Porque entendí que el hogar no siempre  
es el lugar donde nacemos, sino el lugar  
donde decidimos quedarnos.

**ESTA NO ES SOLO UNA HISTORIA DE MIGRACIÓN.  
ES UNA HISTORIA DE:**

-  Valentía para dejarlo todo.
-  Fuerza para enfrentar lo desconocido.
-  Amor familiar que nunca se rompe.
-  Disciplina para convertir sueños en realidad.
-  Perseverancia para crear un hogar lejos de casa.

“ No se trata de dónde empiezas,  
sino de cuánto estás dispuesto a luchar  
para llegar a dónde quieres estar. ”

**UNA VIDA REAL. SIN FILTROS. SIN EXCUSAS.  
INSPIRADORA. HUMANA. HONESTA.**



*Tres países.  
Tres culturas.  
Un solo corazón.*

## SOBRE EL AUTOR

Jhon Rawad Abou Mahmoud Nasr es diseñador gráfico, desarrollador de software, emprendedor y apasionado por el aprendizaje constante. Ha trabajado en distintas áreas, explorado nuevos caminos y convertido cada experiencia en una oportunidad para crecer.

**Hoy comparte su historia para inspirar a todos los que alguna vez han sentido que el mundo es demasiado grande, pero los sueños son más grandes aún.**

ISBN 978-612-00-1234-5



9 786120 012345

